

**Audiolibro Servidumbre Humana W**  
**Somerset Maugham Cap Tulos 68 Al**  
**076**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Adeline Nguyen (Matthews)** - - - - 68. Una mañana, en el momento de levantarse, Philip notó que la cabeza le daba vueltas. Se volvió a la cama, temiendo estar enfermo. Le dolía todo el cuerpo, que era recorrido por frecuentes estremecimientos. Cuando la patrona de la casa le llevó el desayuno, la llamó a través de la puerta abierta y le pidió una taza de té y una tostada. Pocos minutos después oyó llamar a la puerta y vio entrar a Griffiths. Vivían en la misma casa desde hacía más de un año, pero no habían hecho otra cosa que saludarse con un gesto cuando se encontraban. —He oído que no estaba usted bien —dijo Griffiths— y he venido a ver qué es lo que tiene. Philip, enrojeciendo sin saber por qué, quiso quitar importancia a la cosa. Dentro de una hora o dos todo habría pasado. —Es mejor que veamos la temperatura —repuso Griffiths. —No es necesario. —Déjeme usted. Philip se puso el termómetro en la boca. Sentado cerca del lecho, Griffiths habló mientras esperaba; después tomó el termómetro y se lo guardó. —Querido amigo, debe quedarse usted en cama. Más tarde le traeré al viejo Deacon. — ¡Tonterías! No tengo nada. No se moleste por mí. —No es molestia. Tiene usted un poco de temperatura y debe permanecer en la cama. Estamos de acuerdo, ¿no? En su porte había una fascinación particular. Una mezcla de bondad y de gravedad muy atrayente. —Tiene usted unas maneras muy persuasivas con los enfermos —dijo Philip cerrando los ojos. Griffiths le arregló la almohada y el cobertor y le tranquilizó. Fue al saloncito a buscar un sifón; no lo encontró y se dirigió a su cuarto en busca de uno. Luego bajó las persianas. —Ahora intente dormir. Le traeré al jefe después de la visita. A Philip le pareció que pasaban muchas horas antes de que volviera a llamar nadie. Notaba su cabeza próxima a estallarle. Le dolían los miembros y tenía ganas de llorar. Finalmente oyó llamar a la puerta. Griffiths entró, sano, fuerte y alegre. —He aquí al doctor Deacon. El doctor, hombre ya anciano, a quien Philip conocía de vista, se acercó al lecho. Pocas preguntas, un breve examen y el diagnóstico. — ¿Qué le parece? — preguntó a Philip sonriendo. — ¿Gripe? —Exacto. El médico miró a su alrededor. La habitación era una de las habituales y melancólicas habitaciones amuebladas. — ¿No prefiere usted ir al hospital? Podrá usted tener una habitación de pago y estará mejor atendido que en casa. —Preferiría quedarme donde estoy —respondió Philip. No tenía ganas de que le molestaran y su timidez temía los cambios. No le gustaba tener alrededor enfermeras y ver la dulzarrona limpieza de un hospital. —Me encargaré de él, doctor —dijo Griffiths. — ¡Ah!, entonces está bien. Escribió una receta, dio algunas instrucciones y se marchó. —Ahora tiene usted que hacer lo que yo le diga — recomendó Griffiths—. Seré su enfermero de día y de noche. —Es usted muy bueno, pero no me ocurre nada. Griffiths puso su mano en la frente de Philip, una mano grande y fresca, cuyo contacto le fue agradable. —Me llevo esta receta a la farmacia para hacerla preparar y luego volveré. Poco después trajo la medicina y dio a Philip la dosis prescrita. A continuación fue a su cuarto en busca de sus libros. —Si no le disgusta estudiaré en su salón hoy —dijo cuando volvió a bajar—. Dejaré la puerta abierta y, si tuviera necesidad de alguna cosa, me llama. Hacia la noche, despertándose de un sueño agitado, Philip oyó voces en su saloncito. Un amigo había venido a buscar a Griffiths y oyó a este último que decía: —A propósito, esta noche no vengáis. Algunos minutos después entró otro, el cual expresó a Griffiths su sorpresa por encontrarle allí. Griffiths dio explicaciones: —Asisto a un estudiante de segundo año que vive aquí. Pobre diablo, tiene la gripe. Esta noche no hay partida. Cuando Griffiths se quedó solo, Philip le llamó: —Oiga, ¿es por causa mía por lo que renuncia a su reunión de esta noche? —No, no; he de prepararme para el examen de cirugía. —No se preocupe por mí. No tendré necesidad de nada. —Esté tranquilo. Philip empeoró. Durante la noche tuvo un poco de delirio, pero hacia el amanecer despertó de su inquieto sueño. Vio a Griffiths

levantarse de su sillón, arrodillarse e ir metiendo carbones en la estufa sin servirse de la paleta. Estaba en pijama y batín. — ¿Qué está usted haciendo? —preguntó Philip. — ¿Le he despertado? Estaba intentando encender fuego sin hacer ruido. — ¿Por qué no está usted en la cama? ¿Qué hora es? —Cerca de las cinco. He preferido quedarme aquí esta noche. He traído un sillón porque he pensado que si me hubiera echado me habría dormido como un lirón y no le habría oído si me hubiera llamado. —Es usted demasiado bueno. ¿Y si le contagio la gripe? —En ese caso, le tocará a usted cuidarme a mí —le contestó Griffiths, riendo. Al amanecer Griffiths levantó la persiana. Estaba pálido y cansado por la noche pasada sin dormir, pero rebosaba vivacidad y alegría. —Ahora le lavaré —dijo alegremente a Philip. —Me puedo lavar solo —repuso Philip un poco avergonzado. — ¡Qué tontería! Si estuviera en el hospital le lavaría la enfermera y creo que yo puedo hacerlo tan bien como ella. Demasiado débil y quebrantado para resistir, Philip permitió a Griffiths que le lavara las manos y el rostro, los pies, el pecho y la espalda. Griffiths lo hacía con afectuosa ternura mientras continuaba charlando cordialmente. Luego le cambió la sábana de la misma forma que se hace en los hospitales, mulló la almohada y puso en orden el embozo. —Querría que me viera sor Genoveva. Se quedaría con la boca abierta. Deacon vendrá temprano a visitarle. —No sé por qué es usted tan bueno conmigo. —Hago práctica. Es divertido tener un enfermo. Griffiths le dio el desayuno y fue a su habitación para vestirse y tomar alguna cosa. Poco antes de las diez volvió llevando un racimo de uvas y unas cuantas flores. —No sé cómo darle las gracias —dijo Philip. Permaneció cinco días en la cama. Nora y Griffiths se turnaban para cuidarle. El estudiante, aun teniendo la misma edad que Philip, había adoptado con él un tono entre juguetón y maternal. Griffiths era afectuoso, sabía dar ánimos y estaba dotado además de una vitalidad que parecía comunicarse a todos los que trataba. Philip, que no estaba habituado a que una madre o una hermana le mimaran, se conmovió profundamente ante la ternura que le mostraba aquel robusto joven. El estado del enfermo fue mejorando y pronto pudo acomodarse en un sillón para escuchar los alegres relatos de las aventuras amorosas de Griffiths. Frívolo, capaz de sostener tres o cuatro aventuras al mismo tiempo, el nuevo amigo de Philip se veía obligado algunas veces a recurrir a los más cómicos expedientes para salir del paso. Poseía la habilidad de ver bajo un aspecto novelesco todo lo que le sucedía. Estaba abrumado de deudas y todos sus objetos de valor se hallaban empeñados, pero no por ello dejaba de mostrarse alegre, bromista, generoso. De naturaleza aventurera, le gustaban las personas equívocas y tenía una infinidad de amigos —hombres y mujeres— que frecuentaban los lugares londinenses de ínfimo orden. Mujeres del arroyo le trataban familiarmente y le confiaban sus penas, sus enredos, sus golpes afortunados; jugadores de profesión, que respetaban sus jugadas, le invitaban a comer y le prestaban a veces algún billete de cinco libras. Era suspendido en todos los exámenes; pero tomaba las cosas alegremente y aceptaba con tanta seriedad las amonestaciones de la familia, que su padre, médico de Leeds, no se atrevía a enfadarse con él. —Soy un negado para el estudio —solía decir con acento contrito—, y no tengo ganas de trabajar. La vida era demasiado bella. Pero no había duda de que cuando hubiese gozado de la exuberancia de su juventud y hubiera conseguido el título se convertiría en un magnífico médico. Curaría a los clientes con la simpatía que emanaba de él. Philip le adoraba como adoraba en la escuela a los muchachos de su tipo. Su enfermedad los había convertido en amigos. Y aunque Griffiths le hiciera perder tiempo con su charla, Philip se sentía feliz al verle sentado en su saloncito fumando innumerables cigarrillos. A veces le llevaba a la taberna de Regent Street. A Hayward le parecía estúpido, pero Lawson cayó bajo el influjo de su fascinación y experimentó el deseo de pintar aquel rostro de ojos azules, piel blanca y cabellos rizados. A menudo los tres amigos discutían temas de los cuales Griffiths no comprendía nada en absoluto. Permanecía entonces escuchándolos con una sonrisa de buen humor en su bello rostro, experimentando la sensación de que su presencia contribuía a la alegría de la reunión. Cuando supo que Macalister era agente de cambio, trató de obtener indicaciones para jugar a la Bolsa, y Macalister, con su grave sonrisa, le explicó que hubiera podido ganar una fortuna comprando ciertos títulos en determinado momento. Philip sentía que la boca se le hacía agua. Entre unas cosas y otras estaba gastando más de lo que había previsto y le hubiera parecido muy cómodo ganar un poco de dinero con un método tan fácil. Y a sus insistentes preguntas el agente de cambio le dijo: —La primera ocasión que oiga hablar de una oportunidad realmente buena os lo haré saber. A veces se presentan las ocasiones. Se trata sólo de saber esperar. Philip no pudo menos de pensar que hubiera sido muy bonito ganar cincuenta libras para poderle ofrecer a Nora el abrigo de pieles que tanto deseaba para el invierno. Miraba en los escaparates de Regent Street y elegía todo lo que quería comprar. Nora lo merecía todo. Hacía que su vida fuera muy feliz. 69. Un día, al volver del hospital para cambiarse de traje antes de ir a casa de Nora a tomar el té, vio que se abría la puerta de las habitaciones de la patrona en el momento que iba él a meter la llave en la cerradura de las suyas. —Hay una señora que le espera. — ¿Que me espera a mí? Se quedó estupefacto. No podría ser otra que Nora y no comprendía el motivo de aquella visita. —No debiera haberla dejado entrar. Pero ha venido tres veces, y parecía tan disgustada por no encontrarle que le he dicho que esperase. Philip apartó bruscamente a la mujer y se precipitó en el salón. Se trastornó. ¡Era Mildred! Estaba sentada, pero se levantó

rápidamente al verle entrar. No dio ningún paso ni habló. Philip quedó tan sorprendido que no supo qué decir. — ¿Qué diablos quieres? —le preguntó finalmente. La mujer no respondió y se echó a llorar. Con los brazos colgantes, parecía una camarera que buscara trabajo. Su aspecto era de una extraordinaria humildad. Philip fue invadido por sentimientos contradictorios. Experimentó un súbito deseo de volver la espalda y huir. —Creí no verte nunca más. — Quisiera haberme muerto —gimió Mildred. Philip no le dijo que se sentara. Pensaba sólo en reponerse de la emoción. Sentía que las rodillas le temblaban. —Pero ¿qué ha sucedido? —Me ha plantado... Philip se estremeció. Comprendía que seguía amándola tan apasionadamente como antes. No había dejado nunca de amarla. La veía ahora ante sí humilde y despreciada. Experimentó el deseo de estrecharla entre sus brazos y cubrir de besos su rostro bañado en lágrimas. ¡Qué larga había sido la separación! ¿Cómo había podido soportarla? —Siéntate. Te daré alguna cosa de beber. Colocó la silla ante la chimenea y la hizo sentar. Preparó un whisky con soda, que ella se bebió sollozando. Le miraba con grandes ojos tristes rodeados de profundas ojeras. Estaba más delgada y más pálida que antes. — ¡Ojalá me hubiera casado contigo cuando me lo propusiste! —suspiró Mildred. Philip notó que la garganta se le oprimía. Fue incapaz de conservar el continente que le hubiese gustado mantener y colocó una mano en el hombro de la joven. —Siento mucho verte tan abatida. La joven apoyó la cabeza contra su pecho y rompió en sollozos histéricos. El sombrero le molestaba y se lo quitó. Philip no hubiera creído nunca que hubiese podido llorar de aquel modo. La besó y la volvió a besar. Aquello pareció calmarla un tanto. —Has sido bueno conmigo, Philip. Sabía que podía acudir a ti. —Dime qué ha sucedido. — ¡Oh, no puedo, no puedo! —exclamó apartándose. El joven cayó de rodillas a su lado y apoyó la mejilla contra la de Mildred. — ¿No sabes que no hay nada que tú no puedas decirme? No puedo reprocharte nada. A trompicones lo contó todo. Mientras tanto, sollozaba de tal modo que sus palabras resultaban incomprensibles. —El lunes pasado se fue a Birmingham, prometiéndome que regresaría el jueves. Pero no lo vi ni siquiera el viernes, y el viernes le escribí para preguntar qué había sucedido. No obtuve respuesta. Volví a escribir, diciéndole que si no me respondía a vuelta de correo iría a Birmingham, y esta mañana he recibido una carta de su abogado en la cual me dice que no tengo ningún derecho sobre Emil y que si continúo molestandole se pondrá bajo la protección de la ley. — ¡Pero es absurdo! —exclamó Philip—. No puede tratar de esa manera a la propia esposa. ¿Os habéis llegado a pelear? —Sí, el domingo. Me dijo que estaba de mí hasta la coronilla, pero me lo había dicho ya otras veces y siempre había vuelto. No creía que fuera en serio. Se ha asustado porque le dije que esperaba un niño. Se lo oculté todo lo que pude, pero al final tuve que decírselo. Afirmó que era culpa mía y que debía haberlo evitado. Si hubieras oído cómo me insultó... He necesitado muy poco tiempo para descubrir que no era un gentleman. Me ha plantado, dejándome sin un céntimo, y yo no tenía dinero para pagar. La dueña de la casa me ha tratado como si fuera una ladrona. —Pero ¿no ibais a tomar un piso? —Así lo había dicho, pero, en su lugar, tomó habitaciones amuebladas en Highbury. Me decía que era una despilfarradora y, en realidad, no me daba nada para despilfarrar. Mildred tenía una manera especial de pasar de una cosa importante a una cosa fútil. Philip estaba desconcertado. Toda la historia le parecía incomprensible. — ¿Cómo se puede ser tan sinvergüenza? —No lo conoces. No volvería con él aunque viniera a pedírmelo de rodillas. He sido una estúpida. No ganaba tanto como decía. ¡Cuántas fábulas me llegó a contar! Philip reflexionó algunos minutos. Estaba tan profundamente conmovido con lo que oía que no pensaba en sí mismo. — ¿Quieres que vaya a Birmingham? Podría verle e intentar ajustarle las cuentas. — ¡Oh, no es posible! No volverá; le conozco. —Pero debe darte para vivir. No puede negarse a ello. No entiendo de estas cosas, pero me parece que tiene el deber de hacerlo. Debes consultar a un abogado. — ¿Sin dinero? —Pagaré yo. Escribiré dos palabras a mi abogado, el albacea de mi padre. ¿Quieres que vayamos ahora? Seguramente estará todavía en su despacho. —No, dame la carta para él. Iré sola. Estaba un poco más tranquila. Philip se sentó y escribió dos líneas. Luego se acordó de que Mildred no tenía dinero. El día anterior había cobrado una cantidad y pudo darle cinco libras. —Eres muy bueno conmigo, Philip. —Soy feliz al poder serte útil. — ¿Me quieres todavía? —Más que nunca. La muchacha le presentó los labios, que él besó. Nunca había visto en ella aquel abandono. ¡Valía la pena de haber sufrido tantas angustias! Mildred salió y él se dio cuenta, de pronto, de que habían estado juntos dos horas. Sentíase extraordinariamente feliz. — ¡Pobre criatura! —murmuró con el corazón rebosante del amor más fuerte que nunca había experimentado. El recuerdo de Nora no le pasó por la imaginación hasta que a las ocho recibió un telegrama. Antes de abrirlo comprendió que era suyo. «¿Qué sucede? Nora». No supo qué hacer ni qué responder. Hubiera podido ir a buscarla al teatro donde trabajaba como comparsa y acompañarla a su casa como había hecho alguna vez. Pero toda su alma se rebeló ante la idea de verla aquella noche. Pensó escribir, pero se sintió incapaz de empezar con el acostumbrado «Queridísima Nora». Decidióse a telegrafiar. «Desolado ante un acontecimiento imprevisto que me impide ir. Philip». La volvió a ver con los ojos de la imaginación ante sí. En aquel momento el rostro nada bello, con los pómulos salientes y el colorido demasiado vivo, le pareció decididamente feo, y su piel, un poco basta, fue causa de que él se estremeciera. Sabía que el telegrama iría

seguido de una acción por parte de la joven, pero mientras tanto, ganaba tiempo. Al día siguiente telegrafió de nuevo: «Disgustadísimo. Imposible ir. Philip». Mildred había prometido presentarse hacia las cuatro y él no se había atrevido a decirle que a aquella hora no le convenía. A fin de cuentas le importaba más ella que la otra. La esperó con impaciencia. Desde la ventana la vio entrar y fue a abrirla. —Y bien, ¿has visto a Nixon? —Sí, y no puede hacer nada. No puedo hacer otra cosa que esperar las cosas y callar. —Pero es imposible —exclamó Philip. La joven se sentó dando muestras de estar cansada. —¿Te ha dicho el motivo? Mildred le enseñó una carta cerrada. —No se la he llevado. Ayer no pude decírtelo todo. No tuve valor para ello. Emil no se casó conmigo. No podía. Estaba ya casado y tenía tres hijos. Philip notó que se le encogía el corazón: celos y angustia. Aquello era superior a sus fuerzas. —Por eso no he podido volver con mi tía. No tengo otra persona que tú. —Pero ¿por qué te fuiste con él? —preguntó con voz sorda a la que intentó dar firmeza. —No lo sé. No sabía que estuviera casado y cuando me lo confesó le puse de vuelta y media. Estuve algunos meses sin verlo y cuando volvió y me pidió que me fuese con él no tuve el valor necesario para negarme a seguirle. —¿Le amabas? —No lo sé. Todo lo que decía me hacía reír. Además, había algo en él... Había prometido darme siete libras todas las semanas, pues ganaba quince. Pero todo era pura fábula. Y luego... estaba harta de trabajar y de mi tía, que me trataba como a una sirvienta y quería que me hiciese la cama. Por eso cuando me pidió que me fuera con él fui incapaz de negarme. Philip se apartó. Estaba sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Sentíase profundamente humillado. —¿No sientes cólera contra mí? —le preguntó ella con acento de profunda humildad. —No —repuso Philip mirando a otra parte—. Pero sufro mucho. —¿Por qué? —Ya sabes lo que te quería. He hecho todo lo posible porque tú me tomaras afecto. Te creía incapaz de amar. Y es horrible saber que has sido capaz de sacrificarlo todo por ese sinvergüenza. Quisiera saber qué es lo que encontraste en él. —Estoy desolada, Philip. Te juro que después me arrepentí amargamente. Philip volvió a ver a Emil Miller con su rostro lánguido y marchito, con sus ojos azules y huidizos, y la vulgar elegancia de sus trajes. Solía llevar chalecos rojos de punto. Suspiró. Mildred se puso en pie y se le acercó, poniéndole un brazo alrededor del cuello. —No olvidaré nunca que me ofreciste casarte conmigo, Philip. El joven le cogió la mano y levantó los ojos para mirarle a la cara. Mildred se inclinó y le besó. —Philip, si me deseas todavía, haré por ti cualquier cosa. Sé que eres un gentleman en toda la extensión de la palabra. El corazón de Philip cesó durante un momento de latir. Aquellas palabras le producían una especie de náuseas. —Eres muy buena, pero no podría. —¿No me amas ya? —Sí, te amo de todo corazón. —Entonces, ¿por qué no gozamos un poco ahora? Ya no tiene importancia... Philip se desligó de ella. —No me comprendes. Desde que te conocí te amé de un modo que no puedo explicar. Pero ahora... ¡ese hombre! Desgraciadamente tengo mucha imaginación. Sólo el pensarlo me disgusta. —Eres cómico. Philip le cogió nuevamente la mano y sonrió. —No debes creerme ingrato. No podré nunca agradecértelo lo bastante. Pero es más fuerte que yo, ¿lo comprendes? —Eres un buen amigo, Philip. Continuaron charlando, y muy pronto volvieron a la familiaridad de los antiguos tiempos. Philip le propuso ir a cenar juntos y acabar la velada en un music-hall. Tuvo que convencerla, porque a ella le parecía que dada su situación no era del caso irse a divertir. Al final Philip le pidió que aceptara sólo por complacerle. Y desde el momento que podía considerarse como un acto de altruismo, la joven aceptó. Aquel modo de actuar encantaba a Philip. Mildred le rogó la condujera al pequeño restaurante de Soho, y él se sintió muy reconocido. Aquello significaba que Mildred conservaba un buen recuerdo de aquel lugar. Durante la cena Mildred se mostró más alegre de lo que había estado al principio. El vino de Borgoña le producía cierta vivacidad, y después de un par de vasos se olvidó de conservar su aire triste. Philip creyó prudente hablarle del porvenir. —Sospecho que no tienes un céntimo, ¿no es verdad? —le preguntó en cierto momento. —Sólo lo que tú me diste ayer y he tenido que dar tres libras por el alquiler de la habitación. —Bien; ahora empezaré dándote veinte libras. Iré al abogado y le rogaré que escriba a Miller. Estoy seguro de que conseguiremos sacarle alguna cosa. Si pudiéramos hacer que te diera por lo menos un centenar de libras te bastaría para salir adelante hasta el nacimiento del niño. —No aceptaré nada absolutamente de ese hombre. Prefiero morir de hambre. —Pero es monstruoso que ese individuo te deje así en el atolladero. —¡Tengo que salvar mi orgullo! La situación se le presentaba a Philip más bien complicada. Tenía necesidad de vivir con la mayor economía para que su dinero le bastara al menos hasta acabar la carrera, y luego tendría que estar un año sin ganar nada como ayudante de medicina y cirugía en un hospital. Pero Mildred le había hablado tanto de la avaricia de Emil que temía que él pareciera poco generoso. —No aceptaría ni un penique de él. Prefiero pedir limosna. Había pensado ya en buscar trabajo, pero ¿cómo hacerlo dado mi estado? Es necesario pensar en la salud, ¿no es verdad? —No te preocupes por ahora —dijo Philip—. Pensaré yo en todo mientras no estés en condiciones de trabajar de nuevo. —Sabía que podía confiar en ti. Ya le dije a Emil que no se creyera que me dejaba en medio del arroyo y que tú eres un gentleman en toda la extensión de la palabra. Poco a poco Philip fue sabiendo cómo había sobrevenido la separación. La mujer de Emil había descubierto las relaciones que éste tenía en Londres, presentándose en la razón

social donde su marido prestaba sus servicios. Una vez allí le amenazó con el divorcio, y el principal dijo que en este caso se quedaría sin trabajo. Es necesario añadir que Emil adoraba a sus hijos. Así, que al tener que elegir entre la mujer y la amante, no dudó. Jamás tuvo intención de tener hijos con Mildred a fin de evitar complicaciones, y cuando ella, no pudiendo ocultar por más tiempo que estaba embarazada, le informó de ello, sintió un miedo horrible. Buscó un pretexto y la abandonó. — ¿Cuándo has de tener el niño? — A principios de marzo. — Entonces faltan tres meses. Fue necesario discutir lo que habría de hacerse. Mildred declaró que no quería permanecer en su alojamiento de Highbury, y Philip pensó que sería más cómodo tenerla cerca de él. Prometió buscarle alguna cosa al día siguiente. Mildred sugirió la Wauxhall Bridge Road. Lo dejaría alquilado también para después. — ¿Qué quieres decir? — ¡Oh, Dios mío! No podré estar allí más que un par de meses o poco más. Luego tendré que ir a una clínica. Conozco una muy buena donde van sólo personas decentes. Se pagan sólo cuatro guineas a la semana, todo comprendido. Naturalmente, el médico se paga aparte, pero no queda otro remedio. Ha estado allí una amiga mía. La directora es una verdadera señora. Podré decirle que mi marido es un oficial que está en la India y que yo he venido a dar a luz a Londres precisamente por motivos de salud. A Philip le parecía extraordinario oírle hablar de este modo. Sus facciones delicadas y su pálido rostro tenían una apariencia fría y casi virginal. Al pensar en las mezquindades que albergaba experimentaba una extraña turbación y su corazón aceleraba los latidos. 70. Philip esperaba encontrar al volver a casa una carta de Nora, pero no había ninguna. A la mañana siguiente tampoco recibió nada. Este silencio le irritó y le inquietó. Durante el mes de junio se habían visto a diario cuando él estaba en Londres. Debía, pues, de parecerle extraño que el joven permaneciera dos días sin dejarse ver y sin explicar su ausencia. Se preguntó si por desgracia no le habría visto junto con Mildred. La idea de continuar sus relaciones le disgustaba de veras. Encontró dos habitaciones para Mildred en un segundo piso de la Wauxhall Bridge Road. Oíase mucho ruido desde ellas, pero Philip sabía que a ella no le disgustaba sentir el estrépito de los carruajes bajo las ventanas. — No me gustan esas calles donde no se ve pasar un alma — decía la joven—. ¡Yo tengo necesidad de vida! Se impuso, sin embargo, la obligación de ir a Vincent Square. Tocó la campanilla con cierta aprensión. Sabía que se estaba comportando de un modo abominable con Nora, y temía los reproches. Seguramente lo mejor sería decirle que Mildred había vuelto y que su amor por ella era más violento que nunca. Le disgustaba mucho, pero no tenía nada que ofrecer a Nora. Pensó en su pena, pues sabía que le amaba. Esto le había halagado al principio y en él había nacido un sentimiento de vivo reconocimiento. Pero ahora le pesaba. Sin embargo, Nora no merecía el dolor que él iba a causarle. Se preguntó cómo le recibiría, y subiendo la escalera hizo todas las hipótesis posibles. Llamó a la puerta. Consciente de su palidez, intentó esconder el nerviosismo que le dominaba. Nora estaba escribiendo con ardoroso entusiasmo. Pero al oírle entrar se puso en pie. — He reconocido tus pasos. ¿Dónde has estado estos dos días, feúcho? Se le acercó alegre y le abrazó, feliz de volverle a ver. El joven la besó y luego, para disimular, dijo que se moría de ganas de tomar una taza de té. Nora activó el fuego para hacer hervir el agua. — He estado ocupadísimo — le dijo apurado. Ella empezó a charlar brillantemente como siempre, tibiándole de un nuevo encargo que le habían hecho. Se trataba de un editor para el que no había trabajado nunca; le pagaría quince guineas por una novela breve. — Es un dinero que cae del cielo. ¿Sabes lo que haremos? Una pequeña excursión. Iremos a pasar un día a Oxford. ¿Quieres? Tengo muchas ganas de visitar el Colegio. Philip la miró buscando en sus ojos una sombra de reproche. Pero, como siempre, rebosaban de lealtad y alegría. Sintió que se le encogía el corazón. Imposible decirle la brutal verdad. Ella preparó pan tostado y luego lo cortó a pedacitos, haciéndole comer como a un niño. — ¿Está saciado el animalito? — le preguntó luego. Philip asintió sonriendo. A continuación Nora le encendió un cigarrillo. — Dime alguna cosa amable — murmuró. — ¿Qué es lo que he de decir? — Con un pequeño esfuerzo de imaginación podrías decirme que me quieres. — Eso ya lo sabes. No tuvo el valor de hablar. Por lo menos la dejaría tranquila aquel día. Luego... le escribiría. La cosa sería más fácil. El recuerdo de Mildred no le dejaba un instante, lo mismo que una forma incorpórea, pero más tangible que una sombra. Y aquel recuerdo distraía continuamente su atención. — Estás muy silencioso hoy — observó Nora. La locuacidad de la mujer era un continuo argumento de burla entre ellos, así que Philip repuso: — No me dejas nunca ocasión de decir palabra y he perdido la costumbre de hablar. — Pero no me escuchas y eso indica mala educación. Philip enrojeció un tanto. ¿Quizá sospechara Nora alguna cosa? Apartó sus ojos, embarazado. Escuchándola mientras hablaba, Philip pensaba que Nora valía diez veces más que Mildred. Le divertía mucho más, tenía una conversación atrayente, era más inteligente y de mejor carácter. Era una buena, honesta y valerosa mujercita. Y Mildred — pensó con amargura — no merecía ninguno de aquellos adjetivos. Si hubiese poseído un asomo de buen sentido habría decidido permanecer al lado de Nora. Ésta le había hecho mucho más feliz que podría hacerle Mildred. Nora le quería y Mildred le era agradable solamente por la ayuda que le prestaba. Pero siempre es más importante amar que ser amado, y toda su alma tendía hacia la otra. Prefería estar diez minutos con aquella que toda una tarde con ésta, y un beso de aquellos labios fríos lo estimaba mucho más que todo lo que Nora

podiera darle. «Es más fuerte que yo —pensó—. La tengo metida en la sangre». No importaba que no tuviese corazón, que fuera viciosa y vulgar, insípida y codiciosa: la amaba. Y prefería el sufrimiento con ella que la felicidad con la otra. Cuando se despidió, Nora le preguntó con tono despreocupado: —Hasta mañana, ¿no? —Sí. Sabía que no podía ir, pues había de ayudar a Mildred en el traslado, pero no tuvo el valor necesario para decirlo. Mandaría un telegrama. Mildred vio por la mañana el alojamiento, que fue de su gusto. Después del almuerzo Philip fue con ella a Highbury. Llenaron un baúl con vestidos y otro con un sinfín de cachivaches: cojines, pantallas, molduras y fotografías con los cuales Mildred había intentado dar a su habitación amueblada un barniz personal. Había, además, dos o tres cajas de cartón. Pero todo pudo ser colocado sobre el techo de un coche cerrado. Mientras recorrían Victoria Street, Philip se hundió en el fondo del coche, para el caso de un posible encuentro con Nora. No había tenido aún tiempo de telegrafiarle y no podía hacerlo desde la oficina de telégrafos de Wauxhall Bridge Road, pues ella se habría preguntado qué había ido a hacer tan cerca de su casa. Y desde el momento que se encontraba por allí no era lógico dejar de dirigirse al piso donde habitaba, situado a dos pasos. Pensó que hubiera sido mejor dedicarle media hora, pero tener que cumplir esta necesidad le irritó. Sentíase enojado contra Nora porque por culpa suya se veía obligado a recurrir a subterfugios vulgares y degradantes. Pero era feliz pudiendo estar al lado de Mildred. Se divirtió ayudándola a deshacer el equipaje y experimentó una deliciosa sensación de superioridad al instalarla en el departamento buscado y pagado por él. No quería que se cansara. Era una dicha hacer alguna cosa para ella. Por otra parte, Mildred no tenía ningún deseo de afanarse cuando otro trabajaba para ella. Philip sacó los trajes del baúl y los colgó. Luego, como la joven no tenía el propósito de salir de nuevo, le quitó el calzado y le puso las zapatillas. Sentíase feliz al poder servirla. —Me echas a perder —dijo Mildred pasándole afectuosamente una mano por los cabellos mientras él, arrodillado, le desabrochaba las botas. Philip le cogió las manos y se las besó. —Es maravilloso tenerte aquí. Puso en sitios adecuados los cojines y las fotografías. Mildred tenía algunos cacharros de cerámica verde. —Iré a comprarte flores. Miró a su alrededor, satisfecho de su trabajo. —Ya que no salgo puedo ponerme la bata —dijo Mildred—. ¿Quieres hacerme el favor de desabrocharme el vestido por detrás? Se volvió con indiferencia, como si se hubiese encontrado ante una mujer, pero Philip se sintió lleno de gratitud por la sensación de intimidad que aquellas palabras le daban. Con torpes dedos desabrochó el vestido de Mildred. —Cuando entré por primera vez en el salón de té estaba muy lejos de imaginarme que un día haría esto —dijo Philip con risa forzada. — Es necesario que alguien lo haga. Pasó a la alcoba y volvió en seguida, vistiendo una vulgar bata azul, con muchas puntillas de poco precio. A continuación Philip la hizo sentar en un sillón y le preparó el té. —No puedo quedarme a tomarlo contigo. Tengo que acudir a una cita estúpida. Pero estaré aquí dentro de media hora. No sabía qué hubiese respondido si la joven le hubiera interrogado, pero ella no mostró ninguna curiosidad. Al alquilar la habitación Philip había pedido comida para dos y se proponía volver a pasar la velada con ella. Tenía tal prisa en volver que se decidió a recorrer en tranvía la Wauxhall Bridge Road. Creyó mejor anunciar a Nora que no podría permanecer a su lado más que algunos minutos. —Apenas dispongo del tiempo necesario para preguntarte cómo estás —le dijo al entrar—. Tengo un quehacer terrible. La joven se disgustó. — ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? Philip notó que enrojecía mientras inventaba el pretexto de una operación a la que debía asistir. El tener que mentir le exasperaba y sentía la irritación de que no era creído, cosa que todavía aumentó más su irritación. —Paciencia —dijo la joven—. Mañana te tendré todo el día para mí. Philip la miró confuso. Al día siguiente era domingo y había pensado pasarlo con Mildred. No podía dejarla sola en una casa extraña. —Me disgusta muchísimo, pero mañana tengo trabajo. Sabía que esto provocaría la escena que quería evitar a toda costa. A Nora se le cubrieron las mejillas de un vivo rubor. — Pero he invitado a almorzar a los Gordon —éstos eran una pareja de actores que trabajaban en provincias e iban a Londres los domingos—. Te lo dije hace una semana. —Me disgusta. Lo había olvidado —titubeó—. Temo, sin embargo, no poder venir. ¿No podrías invitar a otro? — ¿Qué tienes que hacer mañana? —No me gustan los interrogatorios. — ¿No quieres decírmelo? —No tengo el menor inconveniente, pero es una cosa bastante molesta tenerte que dar cuenta de todos mis pasos. De pronto, Nora cambió de tono. Dominó con un esfuerzo su cólera y yendo hacia él le cogió las manos. —No me dejes mañana, Philip. Estaba tan ilusionada por poder pasar el día contigo... Los Gordon querían verte y lo pasaríamos muy bien con ellos. —Vendría de buena gana si pudiera. —Me parece que no soy muy exigente, ¿verdad? No te pido a menudo que hagas cosas que no te gustan. ¿No puedes plantar a esos fastidiosos con quienes estás citado, al menos por una vez? —Lo siento mucho, pero no sabría el modo de hacerlo —repitió Philip obstinado. —Dime de qué se trata —insistió Nora con acento cariñoso. Philip había tenido tiempo de inventar algo. —Han venido las dos hermanas de Griffiths y hemos de salir con ellas de excursión. — ¿Eso es todo? —dijo la joven alegremente—. A Griffiths no le será difícil encontrar otro amigo. La mentira no podía haber sido más estúpida. Philip se arrepintió de no haber encontrado nada mejor. — ¿No te digo que no puedo? Lo he prometido y quiero cumplir mi promesa. —Pero también me lo habías prometido a mí, y me parece



que la promesa hecha a mí es la que debías mantener en primer lugar. —Te agradeceré que no insistas. —No vienes porque no quieres venir —afirmó Nora—. No sé qué tienes desde hace algunos días, pero estás muy cambiado. El joven miró el reloj. —Debo irme. —Entonces, ¿no vienes mañana? —No. —En este caso no te molestes en venir más. Esta vez Nora había perdido el dominio sobre sí. —Como quieras —respondió Philip. —No quiero retenerte. Philip se encogió de hombros y salió. Se había quitado un peso de encima. Hubieran podido ir peor las cosas. Todo había salido sin lágrimas. Mientras caminaba se alegró de que hubiera resultado tan bien. En Victoria Street compró flores para Mildred. La cena fue agradable. Philip había hecho que subieran una cantidad de caviar, al que Mildred era muy aficionada, y la dueña de la casa preparó chuletas con verdura y un plato de dulce. Philip había pedido borgoña, el vino preferido de Mildred. Con las cortinas echadas, el fuego encendido y una de las pantallas de Mildred sobre la lámpara, la estancia parecía íntima y confortable. —Parece como si estuviésemos en nuestra propia casa —dijo sonriendo Philip. Cuando acabaron, el joven arrastró dos sillones junto a la chimenea. Empezó a fumar, satisfecho del mundo. Era feliz y sentíase generoso. — ¿Qué quieres hacer mañana? —preguntó. —Pienso ir a Tulse Hill. ¿Te acuerdas de la directora de mi establecimiento? Se ha casado y me ha invitado a pasar un día con ella. Naturalmente, cree que también yo estoy casada. Philip sintió que se le encogía el corazón. —Pero yo he rechazado una invitación para poder pasar la jornada contigo. Si Mildred le hubiera querido, le habría respondido que en este caso se quedaría con él. Philip sabía perfectamente que Nora no habría dudado. —Has hecho mal —dijo Mildred—. Yo me comprometí hace más de tres semanas. —Pero ¿cómo vas a presentarte sola? —Diré que Emil ha tenido que marcharse. El marido de ella tiene comercio de guantería. Es un hombre superior. Philip permaneció en silencio, turbado con pensamientos amargos. Mildred le miró de reojo. — ¿No querrás darme ese pequeño placer, Philip? Será la última vez que salga antes de encerrarme Dios sabe cuánto tiempo. Además, lo he prometido. Philip le cogió la mano y sonrió. —No, querida; quiero que te diviertas todo lo que puedas. Sobre el diván, colocado allí al azar, había un pequeño libro con las cubiertas azules. Philip lo cogió distraídamente. Era una novelita barata. El autor, Courtenay Paget, el seudónimo de Nora. —Me gusta este escritor —dijo Mildred—. Leo todas sus novelas. Philip recordó una frase que había oído a Nora: «Soy muy popular entre las fregonas. Me encuentran muy distinguida». 71. Para corresponder a las confidencias de Griffiths, Philip le había contado sus complicaciones amorosas, y el domingo por la mañana, cuando después de haberse desayunado, se encontraban sentados en bata junto a la chimenea, narró la escena del día anterior. Griffiths se congratuló con él por haber salido tan bien parado del asunto. —Es muy fácil iniciar una aventura con una mujer —observó sentencioso—. Pero poder salir de ella no es cosa fácil. Sentíase Philip verdaderamente satisfecho de su habilidad. Se había quitado un peso de encima. Pensó que Mildred se estaba divirtiendo en Tulse Hill y se alegró al saber que era feliz. Pero el lunes por la mañana recibió una carta de Nora. Querido: Siento haberme mostrado tan descortés contigo el sábado. Perdóname y ven a tomar el té conmigo. Te amo. Tu Nora. Aquello le angustió. ¿Qué hacer? Fue a enseñarle la carta a Griffiths. —Es mejor no responder —aconsejó el amigo. —No puedo. Me haría daño sólo pensar que la pobre está aguardando inútilmente. Conozco la tortura de la espera y no quiero que nadie la sufra. —Querido, no se pueden romper unas relaciones sin que uno de los dos sufra. Para consolarte piensa que son sufrimientos que no duran mucho. Philip pensaba que Nora no merecía eso. Además, ¿qué sabía Griffiths de la sensibilidad de la joven? Recordó su dolor cuando Mildred le dijo que se casaba. No, no podía hacer sufrir a otro como había sufrido él. —Si no quieres hacerla sufrir vuelve a ella —dijo Griffiths. — ¡Imposible! Se puso en pie y empezó a andar nerviosamente por la habitación. La insistencia de Nora le irritaba. Hubiera debido comprender que ya no la amaba. Dicen que las mujeres intuyen estas cosas. —Ayúdame, te lo ruego —dijo a Griffiths. —No te preocupes tanto. Si supieras qué pronto supera la gente esta clase de dolor... Probablemente no está tan enamorada de ti como tú crees. Somos propensos a exagerar las pasiones que inspiramos en los otros. Hizo una pausa y miró a Philip con ufanía. —No has de hacer más que una cosa. Escríbele diciendo que habéis acabado. Díselo con palabras claras, de modo que no haya ningún equívoco. Le hará daño, pero esta brutalidad será menos dolorosa que una tentativa de atenuar el golpe. Philip se sentó y empezó a escribir: Querida Nora: Lamento tener que causarte un dolor. Pero creo que será mejor que las cosas queden como las habíamos dejado el sábado. ¿A qué conduciría continuar una situación cuando ha dejado de ser divertida? Me dijiste que me fuera y me fui, y no intento volver. Adiós, Philip Carey. Enseñó la carta a Griffiths pidiéndole su opinión. El joven la leyó y miró a Philip guiñando un ojo. —Creo que será suficiente. Philip fue a echarla al correo. Pasó una mañana llena de preocupaciones, imaginando los sentimientos de Nora al recibir la carta, pero al mismo tiempo sentíase aliviado. Se resigna uno muy pronto al dolor de otro cuando este dolor no se ve. Ahora podía amar con toda el alma a Mildred. Sintió que su corazón le latía más fuerte al pensar que la vería por la tarde, después del hospital. Volvió a su casa para cambiarse, pero apenas había metido la llave en la cerradura oyó tras él una voz. — ¿Puedo entrar? Hace media hora que te espero. Era Nora. Philip notó que se ponía colorado hasta la raíz del pelo. La joven hablaba

alegremente. En su voz no había rastro de resentimiento y nada indicaba que entre ellos hubiese habido un rompimiento. Su embarazo no es para ser descrito. No obstante su inquietud, intentó sonreír. Abrió la puerta y Nora le precedió al entrar en el saloncito. Philip estaba nervioso y para disimular le ofreció un cigarrillo y encendió otro para él. Nora le miró sonriendo. — ¿Por qué me has escrito esa carta tan estúpida? ¡Malo! Si lo hubiese tomado en serio en menudo estado me encontraría ahora. —Pues era en serio —dijo Philip gravemente. —No seas tonto. Yo me enfadé el otro día y luego te he escrito dándote explicaciones. No te han bastado y aquí me tienes dispuesta a repetírtelas de palabra. A fin de cuentas puedes hacer lo que quieras y no tengo ningún derecho sobre ti. No quiero imponerte lo que no te gusta. Se puso en pie y se dirigió hacia él impulsivamente, con la mano tendida. —Hagamos las paces, Philip. Me disgusta mucho haberte ofendido. El joven no pudo impedir que le cogiera la mano, pero su mirada se apartó de los ojos de ella. —Tengo miedo de que sea demasiado tarde. Nora se dejó caer en el suelo y le abrazó las rodillas. —No hagas el tonto, Philip. Sé que soy demasiado impulsiva y comprendo que te irrité. Pero es estúpido proseguir enfadado. ¿A qué conduce hacerse uno infeliz? Ha sido tan agradable nuestra amistad... —le acarició lentamente la mano—. Te quiero mucho, Philip. Éste se puso en pie, deshaciéndose del abrazo de la mujer, y se fue al otro extremo de la habitación. —Me disgusta, pero no puedo hacer nada. Todo ha terminado. — ¿Quieres decir que ya no me amas? —Tengo miedo de que sea precisamente así. —Entonces es que buscabas un pretexto para acabar y has aprovechado esta ocasión. Philip no respondió. La joven le miró y la mirada de aquellos ojos le pareció intolerable. Se había quedado sentada en el suelo donde él la había dejado, apoyada en el sillón. Empezó a llorar silenciosamente sin esconder el rostro, y gruesas lágrimas le corrían por las mejillas, pero no emitía ningún sollozo. La escena resultaba terriblemente penosa. Philip miró a otro lado. — ¡Si supieras cuánto siento producirte este dolor! No es culpa mía si no te amo. Nora no respondió. Permanecía quieta y las lágrimas continuaban corriendo por sus mejillas. Hubiera sido mejor que le hubiese abrumado a reproches. Philip esperaba una explosión de cólera. Comprendía que un altercado con un cambio de palabras crueles hubiera podido, en cierto modo, justificar su conducta. Los minutos pasaban y nada se resolvía. Finalmente, aquel llanto silencioso le asustó; fue a buscar un vaso de agua y se acercó a ella. —Bebe un poco. Te hará bien. Nora acercó maquinalmente los labios al vaso y bebió dos o tres sorbos. Luego, agotada, le pidió un pañuelo y se limpió los ojos. —Sabía que no me querías como te quiero —dijo. —Temo que las cosas ocurran siempre así. Uno ama y el otro se deja querer. Pensó en Mildred y al momento sintió en el corazón un acerbo dolor. Nora permaneció mucho rato sin responder. —He sido siempre tan desgraciada y mi vida era tan triste... —dijo finalmente. No le hablaba a él, sino a sí misma. Philip no la había oído nunca lamentarse de sus relaciones con su marido ni de su pobreza, y siempre había admirado su valor. —Luego viniste tú y fuiste muy bueno conmigo... Admiraba tu inteligencia y me parecía bello tener una persona de quien fiarme... Te amaba. Nunca pensé que pudiera acabarse y sin ninguna culpa por mi parte. Volvió a llorar de nuevo; pero ahora, más dueña de sí, volvió el rostro e intentó dominarse. —Dame un poco de agua. Se secó los ojos. —Me disgusta haberte parecido ridícula, pero no estaba preparada. — ¡Pobre Nora! Estoy muy agradecido de lo que has hecho por mí. — ¡Oh, siempre lo mismo! —suspiró la joven—. Si se quiere que un hombre se comporte bien es necesario tratarle mal. Cuando se los trata bien, te hacen sufrir. Se levantó dispuesta a marcharse. Miró largo rato a Philip, fijamente. Luego suspiró: —Es inexplicable. ¿Qué significa todo esto? Philip tomó una rápida determinación. —Prefiero decirte la verdad. No quiero que formes de mí una opinión demasiado mala. Debes saber que no puedo hablar de otra forma. Mildred ha vuelto. El color reapareció en las mejillas de Nora. — ¿Por qué no me lo dijiste en seguida? Creo que merecía tu franqueza. —No tuve el valor necesario para ello. Nora se miró en el espejo y se arregló el sombrero. Philip bajó a la puerta y alquiló un coche que pasaba; cuando Nora bajó se sorprendió al ver la palidez de la joven. Había en sus movimientos una pesadez tal que parecía que hubiese envejecido de pronto. No tuvo el valor de dejar que se marchase sola. —Si no te disgusta te acompañaré. Nora no respondió y él subió al coche. Atravesaron en silencio el puente y las calles miserables. Grupos de niños jugaban en las aceras lanzando agudos gritos. Cuando llegaron ante la puerta, Nora no bajó inmediatamente. Parecía como si las piernas no la sostuvieran. —Espero que me perdonarás, Nora. Nora volvió los ojos hacia él. Estaban nuevamente llenos de lágrimas, pero se esforzó en sonreír. — ¡Pobre muchacho! ¡Cómo te preocupas por mí! No pienses más; no te reprocho nada. Intentaré superar este momento. Para demostrarle que no le guardaba rencor le pasó ligera y rápidamente la mano por el rostro. El ademán apenas si fue esbozado. Luego se apeó y entró en su casa. Philip pagó el coche y se fue a pie a casa de Mildred. Sentía un peso en el corazón. Estaba descontento de sí. Pero ¿por qué? ¿Cómo obrar de otro modo? Al pasar ante una frutería se acordó de que a Mildred le gustaba la uva. Se sentía contento de poder demostrarle su amor recordando todos sus gustos. 72. Durante tres meses, Philip fue a ver todos los días a Mildred. Llevaba sus libros y, después de haber tomado el té, se ponía a estudiar mientras ella, acurrucada en el diván, leía novelas. Philip levantaba a veces la cabeza para mirarla. Una sonrisa de felicidad se dibujaba en sus

labios. Mildred sentía sobre sí la mirada del joven. —No pierdas el tiempo mirándome, bobo; estudia. — ¡Tirana! — respondía alegremente Philip. Dejaba el libro cuando la patrona entraba para poner la mesa y charlaba alegremente con Mildred. La patrona era una mujer del pueblo, de mediana edad; disfrutaba de un carácter divertido y tenía la respuesta pronta; le hizo una narración detallada, pero fantástica, de su vida. Dotada de un gran corazón, la mujeruca se había conmovido hasta el tuétano y hacía todo lo posible porque la estancia de Mildred en su casa fuera de lo más agradable. Mildred creyó que lo más conveniente era hacer pasar a Philip por su hermano. Cenaban juntos y Philip era feliz encargando a la patrona algún manjar que tentase el apetito caprichoso de la joven. Experimentaba una gran alegría sentándose frente a ella y apretándole de vez en cuando la mano. Después de la cena, sentábase Mildred en un sillón cerca del fuego y Philip se acomodaba en el suelo apoyándose en las rodillas de la joven mientras fumaba. A menudo permanecían en silencio y Philip se daba cuenta de que Mildred se había quedado adormecida. Entonces, sin moverse por miedo a despertarla, permanecía con los ojos fijos en los tizones, gozando de su felicidad. — ¿Has echado un buen sueño? —le preguntaba después sonriendo. —No me he dormido del todo —era la respuesta invariable—. Sólo he cerrado los ojos. Negábase a admitir que había dormido. Su temperamento flemático le permitía soportar bastante bien el embarazo. Se cuidaba mucho y aceptaba los consejos de todo el mundo. Cuando el tiempo era bueno, salía por la mañana a dar un paseo higiénico. Si la temperatura lo permitía, iba a sentarse a San James Park, pero el resto del día permanecía sentada tranquilamente en el diván leyendo una novela tras otra o charlando con la patrona. Los chismes le interesaban y a continuación repetía a Philip, con abundantes detalles, la historia de los inquilinos de la planta baja o de los vecinos de la casa. A veces se asustaba y confiaba a Philip su miedo en relación con el próximo parto. Temía morir y le contaba el nacimiento de los hijos de la patrona de la casa y de la señora de la planta baja (Mildred no la conocía: «Sé mantenerme donde debo y no hago amistad con la primera que se presenta»); prolongaba los detalles de lo que refería con una mezcla de horrores y placeres. Pero, en conjunto, esperaba con tranquilidad el acontecimiento. —A fin de cuentas no soy la primera mujer que ha tenido un hijo, ¿no es cierto? Y el doctor dice que todo marcha bien. ¡Si estuviera mal ya sería otra cosa! Mistress Owen, la directora de la clínica, le había recomendado un doctor, y se hacía visitar por él una vez por semana. Su retribución, una vez terminado todo, sería de quince guineas. —Naturalmente, podía haber acudido a uno que costase menos, pero mistress Owen me lo ha recomendado y me pareció inútil arriesgar la salud a cambio de una pequeña economía. —Si esto te hace estar contenta y segura, el gasto no tiene ninguna importancia. Aceptaba todo cuanto Philip hacía por ella como si fuese la cosa más natural del mundo. A Philip, por su parte, le gustaba gastarse su dinero por ella. Cada billete de cinco libras que le daba le proporcionaba una sensación de felicidad y de orgullo. Y le daba bastantes, porque Mildred lo era todo menos una mujer ahorrativa. —No sé cómo se me va el dinero —solía decir—. Parece que se me derrite en la mano. —No importa —respondía Philip—. Me satisface hacer algo por ti. No era muy hábil con la aguja y por eso no se cuidó de la canastilla del niño, y dijo a Philip que después de todo se gastaba menos comprándolo todo hecho. Philip había cedido recientemente una de las hipotecas en que estaba empleado su dinero, y en la actualidad, con quinientas libras en el Banco, que esperaban ser empleadas de otro modo, sentíase un gran señor. Hablaba a menudo del porvenir. Philip habría querido que Mildred tuviera con ella al niño, pero ella se opuso: tenía que ganarse la vida y le sería más fácil sin las trabas de un rorro. Pensaba ponerse a trabajar en uno de los salones de té de la sociedad donde había trabajado antes, y el niño podría ser entregado a una nodriza del campo. —Encontraré a una que lo tenga por siete chelines y medio a la semana. Será mucho mejor para el niño y para mí. A Philip le parecía una falta de sentimiento. Pero al intentar razonar, la joven fingió creer que él quería ahorrarse aquel gasto. —No te preocupes. No serás tú quien lo tenga que pagar. —Sabes perfectamente que no me importa nada el dinero. En el fondo de su corazón Mildred deseaba que el niño no viviera. Hizo sólo una lejana alusión a tal posibilidad, pero Philip comprendió que éste era su verdadero pensamiento. En el primer instante se indignó; pero más tarde, al reflexionar, se vio obligado a reconocer que habría sido la mejor solución. — ¡Se dice muy pronto! —observaba Mildred lamentándose—. Pero ya es bastante difícil para una mujer sola ganarse la vida. ¡Figúrate cuando se tiene un niño! —Afortunadamente estoy yo —respondía Philip cogiéndole la mano. —Has sido muy bueno conmigo, Philip. — ¡Qué tontería! —No puedes decir, sin embargo, que no te he ofrecido todo lo que podía en cambio. —Pero yo nunca he deseado que me lo pagaras. Si he hecho alguna cosa por ti lo he hecho porque te quiero. Tú no estás obligada a nada hacia mí y no quiero nada de ti si no es dado por amor. Le producía cierto horror que Mildred pudiera entregarle fríamente su cuerpo como una recompensa por sus servicios. —Pero yo lo deseo, Philip. Has sido tan bueno conmigo... —Muy bien, pero no perderemos nada esperando. Cuando estés completamente restablecida haremos nuestra pequeña luna de miel. — ¡Granuja! —dijo sonriendo la joven. Mildred calculaba que daría a luz en la primera semana de marzo. En cuanto pudiera moverse iría durante quince días a la orilla del mar para reponerse. Así podría Philip preparar sin interrupción su examen y cuando llegaran las vacaciones

de Pascua irían juntos a París. Philip no se cansaba de hablar de sus proyectos. En aquella época París era delicioso. Iría a un pequeño albergue del Barrio Latino que él conocía y comerían en los restaurantes más típicos. Y luego asistirían a los teatros y a otras diversiones. Sus amigos le divertían. Le había hablado ya de Cronshaw; Lawson estaba también en París, donde pensaba residir un par de meses. Irían al baile Bullier y emprenderían bellas excursiones: Versalles, Chartres, Fontainebleau. . . —Te va a costar un ojo de la cara —observó Mildred. — ¡Al diablo las preocupaciones económicas! Piensa cuánto tiempo hacía que pensaba en un viaje así. ¿Sabes lo que significa esto para mí? No he amado nunca a otra mujer que a ti. Y jamás amaré a otra. Mildred observaba su entusiasmo con ojos sonrientes. Al joven le pareció leer en ellos una ternura que agradeció con toda su alma. La joven le trataba ahora más dulcemente que antes, sin el aire de superioridad que tanto le irritaba. Se había habituado de tal forma a la presencia de Philip que no se tomaba ni siquiera la pena de peinarse con cuidado; se hacía un moño de cualquier forma y había renunciado a la hilera de ricitos. Pero aquella sencillez le sentaba perfectamente. Su rostro era tan pequeño que los ojos parecían más grandes y las ojeras que los circundaban, así como la palidez de las mejillas, los hacía extremadamente profundos. Poseía una expresión melancólica un tanto patética. A Philip le parecía que había en ella algo virginal. Hubiera querido continuar viviendo siempre así. No había sido nunca tan feliz. Por la noche dejaba a la joven hacia las diez porque a Mildred le gustaba acostarse temprano; Philip trabajaba entonces un par de horas para compensar el tiempo perdido. Antes de irse, Philip le cepillaba el cabello. Había establecido una especie de rito en los besos que le daba al desearle las buenas noches. Primero la besaba en las palmas de las manos (¡qué dedos más delgados y qué uñas tan bien arregladas! Pasaba mucho tiempo arreglándoselas). Luego le besaba los párpados, primero el derecho y luego el izquierdo. Y por fin la besaba en los labios. Volvía a casa con el corazón rebosante de amor. Deseaba ardientemente que se presentara la ocasión de poder sacrificarse por ella. Llegó por fin el momento de marchar a la clínica. Philip tenía permiso para ir a visitarla sólo por las tardes. Mildred cambió aquí la historia que acostumbraba contar y explicó que era la esposa de un oficial que se había marchado a la India a reunirse con su regimiento. Philip fue presentado como su cuñado. —Debemos tener mucho cuidado con lo que decimos —le recomendó Mildred—, porque hay ya otra señora cuyo marido está en la India como empleado civil. —No te preocupes —contestó Philip—. Estoy convencido que su marido y el tuyo se fueron a la India en el mismo barco. — ¿En qué barco? —preguntó inocentemente Mildred. —En el buque fantasma. Con toda felicidad Mildred dio a luz una niña. Cuando dejaron a Philip ver a la joven la encontró muy débil, pero contenta de que todo hubiera acabado. Le mostró a la pequeña. Ella también la miraba con curiosidad. —Graciosa, ¿verdad? No puedo creer que sea mía. La recién nacida estaba roja y arrugada. Philip sonrió sin saber qué decir, azorado por la presencia de la directora del establecimiento. El joven comprendió, por el gesto de aquella mujer, que estaba convencida de que él era el padre. — ¿Qué nombre vas a ponerle? —Dudo entre Magdalena y Cecilia. La directora los dejó breves instantes y Philip se apresuró a besar a Mildred en los labios. —Estoy contento de que todo haya terminado felizmente, tesoro. Mildred le rodeó el cuello con los delgados brazos. —Te has portado inmejorablemente, Philip. —Ahora te siento mía por fin. ¡Te he esperado tanto! 73. Tres semanas después Mildred y la niña salieron para Brighton. Philip fue a despedirlas. Mildred se había restablecido rápidamente y parecía que estaba mejor que antes. Se dirigió a una pensión familiar donde ya había estado un par de veces a pasar el fin de semana en compañía de Miller; escribió explicando que su marido estaba en Alemania por cuestión de negocios y que por ello llegaba sola con la niña. Todas estas invenciones la divertían; le gustaba sobre todo estudiar bien los detalles. Añadió que en Brighton encontraría probablemente una nodriza para la niña. Esta prisa en quedar libre impresionó a Philip, pero Mildred le hizo comprender que era mejor que la niña no se habituase a ella. Philip esperaba que después de tres semanas se despertaría el instinto maternal en ella y creía que entonces la podría convencer para que se quedara con la pequeña, pero no pasó nada de esto. Mildred no era mala con la niña; hacía por ella todo lo que había que hacer, incluso encontraba una diversión en cuidarla, hablando mucho de ella; podía considerarla parte de sí misma. Encontraba en ella un parecido a su padre. Se preguntaba continuamente qué es lo que haría cuando la niña fuera mayor, y se irritaba contra sí misma por haber sido tan estúpida como para haberla traído a este mundo. —Si hubiera sabido antes todo lo que ahora sé. . . Se reía del cariño que Philip sentía por la pequeña y no ocultaba la extrañeza que le producía. —No te sentirías más afectuoso si fueras el padre. El propio Emil no la querría tanto. Philip se acordaba de todas las historias que cuentan a propósito de nodrizas que tratan mal a los niños abandonados por unos padres egoístas y crueles. —Pero. . . ¡no seas imbécil! —contestaba Mildred—. Esto sucede cuando se entrega una suma de una vez. Pero cuando se paga un tanto a la semana tienen interés en que el niño esté bien cuidado. Philip insistió entonces en dejar a la niña en una casa donde no hubiera niños y donde se comprometiesen además a no tomar otros. —Sobre todo no discutas el precio. Prefiero pagar media guinea a la semana más que correr el riesgo de que la pequeña sea maltratada o le den poco que comer. —Verdaderamente eres gracioso —dijo riendo Mildred. En la debilidad de aquel pequeño ser feo y

llorón había algo que enternecía a Philip. Su nacimiento fue esperado con vergüenza y angustia. Nadie lo deseó. Y ahora aquella criatura dependía de un extraño, por azar, y de él había de recibir la leche que mamara y los vestidos que cubrirían su desnudez. Cuando el tren estaba a punto de ponerse en marcha, Philip besó a Mildred. Había deseado besar también a la niña, pero temió que la joven se burlara de él. —Me escribirás, ¿no es verdad? Esperaré tu vuelta con tanta impaciencia... —Cuida de salir bien en tu examen. Philip había estudiado mucho y durante aquellos últimos diez días se puso a hacerlo como nunca. Quería triunfar, en primer lugar para resarcirse pronto del tiempo y del dinero gastados —desde hacía cuatro meses el dinero le desaparecía a una velocidad vertiginosa—, y en segundo lugar porque aquel examen señalaba el fin de los estudios fastidiosos. Después había de empezar el estudio de la medicina, de la cirugía y de la obstetricia; todo, desde luego, más interesante que la anatomía y la fisiología. Además, no quería confesar a Mildred ningún fracaso. Aunque se trataba de un examen bastante difícil, en el que los estudiantes caían generalmente la primera vez que lo sufrían, la joven habría tenido mala opinión de él y era humillante su manera de decir las cosas. Mildred le mandó una tarjeta anunciándole que había llegado felizmente. Philip le escribía todos los días una larga carta. Cuando se trataba de explicarse de viva voz se mostraba más bien tímido, pero escribiendo se atrevía a manifestarle todo lo que le hubiera parecido ridículo decirle de palabra. En aquellas cartas volcaba su corazón. Nunca había sido capaz de hacerle comprender la profundidad de la adoración que le inspiraban todos sus actos y todos sus pensamientos. Le habló del porvenir, de sus esperanzas y de su gratitud. No sabía por qué le llenaban de embriaguez los pensamientos de ella; sólo sabía que cuando estaba a su lado era feliz y que lejos de ella todo le parecía frío y gris. Esperó con febril ansiedad la respuesta. Sabía que Mildred escribía con dificultad y se sintió completamente feliz al recibir, cuando ya había mandado él cuatro cartas, una cuartilla emborronada por Mildred y en la cual le hablaba de la pensión, del tiempo que hacía, de la niña, y le contaba a continuación un paseo en compañía de una señora que había conocido y que por lo visto quedó prendada de la pequeña. El sábado siguiente pensaba ir al teatro. Brighton se estaba llenando de gente. Aquella carta tan estúpida conmovió a Philip. El estilo lleno de pretensiones le producía un extraño deseo de reír y de tomar en sus brazos a Mildred para besarla. Se presentó lleno de confianza al examen. No sentía ninguna preocupación. Salió bien del examen escrito, y aunque el ejercicio oral le ponía siempre nervioso, acertó también en éste a responder a todas las preguntas. Cuando supo el resultado envió a Mildred un telegrama triunfante. Al volver a casa halló una carta de Mildred en la que decía que prefería quedarse una semana más en Brighton. Había encontrado una mujer dispuesta a tener a la niña por siete chelines a la semana, pero ella quería tomar nuevos informes. Además, el aire del mar le producía mucho bien y algunos días más de permanencia allí no podían menos de beneficiarla enormemente. La joven añadía que le disgustaba pedirle nada, pero que tenía necesidad de comprarse un sombrero; su nueva amiga era muy elegante y no era posible ir con ella llevando siempre el mismo. Philip experimentó por un momento la más amarga desilusión, desapareciendo como por encanto la alegría que poco antes había sentido por el favorable resultado del examen. «Si me quisiera nada más que la cuarta parte de lo que yo la amo no querría permanecer lejos de mí ni un día más de lo necesario». Pero intentó apartar de sí los pensamientos egoístas; sin duda la salud de Mildred era lo más importante. Por otra parte, ahora que ya no tenía nada que hacer, podría reunirse con ella, pasar él también aquella semana en Brighton. El corazón le empezó a saltar ante tal pensamiento. Sería divertido presentarse de improviso ante ella diciéndole que había tomado una habitación en el mismo hospedaje. Consultó el horario. Pero no se atrevió a poner en práctica su proyecto. No estaba seguro de que su presencia fuese a causar placer a Mildred. Ella había hecho amistades en Brighton y le gustaba la alegría ruidosa. Él, en cambio, prefería la tranquilidad. El temor de importunarla le atormentaba. No osaba correr el riesgo. Por otra parte, Mildred sabía muy bien que él no tenía nada que hacer durante aquella semana; si hubiera deseado que se reuniese con ella se lo habría escrito. Dudó antes de afrontar la angustia que se habría apoderado de él si, al escribir a la joven si quería que él marchara también a Brighton, ella hubiera contestado con una negativa. Le escribió al día siguiente mandándole un billete de cinco libras. Al final de su carta insinuó que si a ella le causaba placer verle en Brighton, él estaba dispuesto a presentarse allí al final de la semana, pero que de ningún modo pensaba hacerle cambiar los proyectos que tuviera para esos días. Esperó la respuesta con impaciencia. Mildred respondió que si antes le hubiera dicho lo de presentarse en Brighton, ella habría arreglado las cosas de otra manera, pero que ahora había ya prometido ir el sábado a un espectáculo. Por otra parte, la presencia de Philip podría ser motivo de malas interpretaciones en la pensión. ¿Por qué no iba el domingo por la mañana para pasar el día con ella? Comerían en el Metropól y luego irían a ver a la señora —una bellísima persona por todos los conceptos— que se iba a encargar de la niña. El domingo amaneció espléndido. Philip dio gracias al cielo por ello. En las inmediaciones de Brighton el sol invadió el departamento del tren. Mildred le esperaba en la estación. — ¡Qué buena has sido viniendo a mi encuentro! —exclamó apoderándose de sus manos. —Lo esperabas, ¿no? —Lo esperaba. ¡Qué bien estás! —Sí, este aire me ha sentado verdaderamente bien y creo

que sería prudente permanecer aquí el mayor tiempo posible. Además, en la pensión hay una gente simpática de veras. Tenía necesidad de distracción después de haber estado tantos meses sin ver a nadie. ¡En ciertos momentos resultaba triste de verdad! Iba muy elegante con el sombrero nuevo, de paja negra y adornado con flores baratas. Alrededor del cuello llevaba una gran boa de plumas de cisne imitadas. Estaba todavía muy delgada y, como siempre, andaba un poco encorvada. Pero sus ojos no parecían ya tan enormes. Y si bien continuaba tan pálida su piel, ya no tenía el aspecto terroso de los últimos tiempos. Caminaban hacia el Sur. Recordando que hacía varios meses que no salía con ella, Philip se dio cuenta de que cojeaba, y empezó a andar rígidamente, esperando esconder el defecto. — ¿Estás contenta de verme? —le dijo con el corazón rebosante de amor. —Si supieras. No deberías preguntarlo. —A propósito, Griffiths te manda sus saludos cariñosos. — ¡Qué descaro! Le había hablado a menudo de Griffiths contándole sus amoríos y divirtiéndola con la descripción de aventuras que Griffiths le había contado en secreto. Mildred escuchaba a veces fingiendo cierta repugnancia, pero también con curiosidad, y Philip, en su admiración, exageró los atractivos y la fascinación del amigo. —Estoy seguro de que te gustará como me gusta a mí. Es simpático y divertido; y, además, un inmejorable muchacho. Le habló también de la forma como le había cuidado Griffiths cuando apenas se conocían. —No se puede menos de quererle. —A mí no me gustan los hombres guapos. Tienen demasiadas pretensiones. —Desea conocerte. Le he hablado mucho de ti. — ¿Qué le has dicho? Philip no podía hablar de su amor por Mildred con otra persona que con Griffiths, y poco a poco le había contado toda la historia. Le había descrito a la muchacha más de cincuenta veces con todos los detalles, y Griffiths conocía con toda exactitud la forma de sus manos huesudas y la palidez de su rostro, y bromeaba con Philip cuando éste se entusiasmaba por aquellos labios delgados y sin color. — ¡Caramba! Estoy muy contento de no tomar las cosas tan en serio como tú —decía—. La vida sería demasiado trágica. Philip sonreía. Griffiths ignoraba la felicidad de un amor que se torna tan indispensable como el alimento que se toma y el aire que se respira. El amigo sabía que Philip había pensado sostener a la muchacha hasta el momento de dar a luz, y que ahora iba a marcharse con ella. —Mereces de veras un premio —observó—. Te debe de haber costado una suma bastante crecida. Menos mal que puedes permitirte. —No puedo pero no me importa. Como era demasiado pronto para ir a almorzar, Philip y Mildred se sentaron en un banco cerca del mar para gozar del sol y contemplar a los paseantes. Los dependientes de las tiendas de Brighton se paseaban en grupos de dos o tres haciendo girar sus bastoncillos, y las vendedoras también formaban grupos alegres. Se distinguía a las personas que iban a Londres a pasar la jornada. El aire vivo disipaba su cansancio. Algunos hebreos: mujeres gruesas con vestidos de raso ajustados, cargadas de joyas, y hombres de pequeña estatura, gruesos y gesticulantes. Había individuos de mediana edad llegados para pasar el fin de semana en el hotel más importante; después de un desayuno demasiado copioso paseaban para adquirir un poco de apetito antes de volverse a sentar a la mesa. Algún actor conocido fingía no darse cuenta de que él era el punto de mira de todos los paseantes. El sol espejeaba en el mar tranquilo y liso. Después del almuerzo fueron a Hove para ver a la que iba a hacerse cargo de la niña. La mujer habitaba en una calle secundaria, en una casa que era una salita pequeña pero limpia. Era una mujer de edad, con el cabello gris y el rostro rojo y carnoso. Bajo su cofia de encaje descubría un aire maternal y Philip pensó que debía de ser buena. — ¿No será un trabajo excesivo para usted tener cuidado de una pequeña? La señora Harding les explicó que su marido era un cura mucho más viejo que ella, al cual le resultaba difícil encontrar empleo porque los vicarios prefieren por lo general que sus ayudantes sean jóvenes. Ganaba algo de vez en cuando sustituyendo interinamente a algunos curas en caso de enfermedad o de vacaciones, y una institución benéfica le pasaba una pequeña pensión. Pero su vida era solitaria y la niña sería para ellos una distracción. Los pocos chelines semanales ayudarían al sostenimiento de la pequeña casa. Prometió que a la niña no le faltaría nada y que estaría atendida con esmero. —Es verdaderamente una señora, ¿no es verdad? —preguntó Mildred cuando salieron. Volvieron a tomar el té en el Metropol. A Mildred le gustaba con locura la gente y la música. Cansado de hablar, Philip la miraba mientras ella examinaba con ojos implacables los vestidos de todas las mujeres que entraban. Poseía un olfato especial para calcular el precio de cada cosa, y de vez en cuando se inclinaba hacia él para murmurarle el resultado de sus observaciones. — ¿Ves aquella agrette? Vale lo menos siete guineas. —O bien—: Mira aquel armiño; es conejo, ¿sabes? —reía triunfalmente—. Lo conozco a una milla de distancia. Philip sonreía feliz. Estaba contento de verla tan serena, y la ingenuidad de su conversación le conmovía y le divertía. La orquesta tocaba una música sentimental. Después de la cena fueron a pie a la estación; Philip la cogió del brazo. Le habló de su viaje a Francia. Mildred debía regresar a Londres a fin de semana, pero le dijo que no podría partir antes del otro sábado. El joven había alquilado ya una habitación en París y esperaba con impaciencia el momento de adquirir los billetes. — No te importa viajar en segunda, ¿verdad? No debemos hacer gastos inútiles. Lo importante es podernos divertir cuando estemos allí. Le había hablado centenares de veces del Barrio Latino. Recorrerían las viejas calles tan simpáticas, se sentarían a la sombra deliciosa del jardín del Luxemburgo. Si hacía buen tiempo podrían ir hasta

Fontainebleau. Los árboles habían empezado a echar hojas. El color verde del bosque en primavera era la cosa más bella que él conocía: armoniosa como una canción, dolorosa como el amor. Mildred escuchaba en silencio y Philip se volvió hacia ella tratando de mirarle profundamente a los ojos. —Lo deseas también tú, ¿no es cierto? —Sin duda. — ¡Si supieras con cuánta ansiedad espero! No sé cómo podré pasar estos días. Siempre tengo miedo de que ocurra alguna cosa que nos impida ir. A veces me siento impaciente ante la idea de no poder decirte cuánto te amo. Y finalmente, finalmente... Se interrumpió. Habían llegado a la estación, pero se habían retrasado y Philip apenas tuvo tiempo para despedirse. Le dio un beso rápido y echó a correr hacia la ventanilla. Mildred continuaba donde la había dejado. Philip, cuando corría, resultaba extrañamente grotesco. 74. El sábado siguiente Mildred regresó a Londres y aquella noche Philip la tuvo para sí. Cenaron y bebieron champaña y después fueron al teatro. Era la primera vez que Mildred salía por la noche desde hacía algún tiempo y se divirtió muchísimo. En el coche que los conducía a Pimlico, donde Philip había alquilado una habitación, Mildred se estrechó contra él. —Se diría que estás de veras contenta de verme —observó el joven. Mildred no respondió, pero le estrechó la mano. Tales demostraciones de afecto eran tan raras que Philip se sintió encantado. —He invitado a Griffiths a cenar mañana —le dijo. — ¡Oh, me alegro! Tengo deseos de conocerle. No sabía adonde llevarla el domingo por la noche y temía que permaneciendo todo el día con él se aburriese. Griffiths era divertido. Los ayudaría a pasar la velada y Philip quería tanto a los dos que deseaba que se conocieran y simpatizaran. Al dejar a Mildred le dijo: — ¡Faltan sólo seis días! Habían elegido para cenar aquella noche el restaurante «Romano». La cocina era excelente y se hacía buen papel gastando relativamente poco. Philip y Mildred llegaron primero. Griffiths se hizo esperar. —No es nunca puntual —afirmó Philip—. Probablemente está perdiendo el tiempo con alguna de sus muchas novias. Al fin llegó. Era un hombre guapo de veras. Alto y ágil, con aire de conquistador; los cabellos rizados, los ojos azules y los labios rojos. Philip vio que Mildred le miraba con ojos de aprobación y experimentó una satisfacción algo rara. Griffiths saludó con una sonrisa. —He oído hablar mucho de usted —dijo a Mildred estrechándole la mano. —No tanto como yo de usted. —Ni tan mal —añadió Philip. — ¿Ha dicho cosas terribles de mí? —preguntó riendo Griffiths. Mildred se dio cuenta de sus dientes blancos y regulares y de su bella sonrisa. Philip asintió. —Debéis consideraros viejos amigos —dijo Philip—. ¡He hablado tanto del uno y de la otra! Griffiths gozaba de excelente humor. Había efectuado el último examen de la carrera y había sido nombrado ayudante de cirugía de un hospital del barrio norte de Londres. Debía empezar sus servicios a principios de mayo y, mientras tanto, se iría a pasar las vacaciones a su casa. Aquella era su última semana en la ciudad y pensaba aprovecharla para divertirse todo lo que pudiera. Empezó a contar alegres historias que Philip admiraba porque se creía incapaz de imitarle. Su conversación era superficial, pero brillante. Emanaba de él una vitalidad comunicativa, casi sensible como el calor del cuerpo. Philip no había visto nunca a Mildred tan animada y fue feliz al observar que se divertía y al oírla reír fuerte. Parecía como si se hubiese olvidado de su reserva y del deseo de distinción que había formado en ella como una segunda naturaleza. Al poco rato Griffiths observó: — ¿Sabe que me será muy difícil llamarla mistress Miller? Philip la llama siempre Mildred cuando habla de usted. —Sospecho que no te sacaré los ojos si haces otro tanto —dijo riendo Philip. —Entonces será necesario que ella me llame Harry. Philip los oía charlar y se sentía feliz al verlos de tan buen humor. Mientras tanto Griffiths le dirigía bromas afectuosas por su seriedad. —Creo que tu amigo te quiere mucho —dijo Mildred sonriendo. —No es mal muchacho —replicó Griffiths mientras tomaba la mano de Philip y la estrechaba alegremente. El evidente afecto que Griffiths sentía por él aumentaba su poder de fascinación. Poco habituado a beber, el vino no tardó en excitar a Griffiths, que se volvió tan parlanchín, que Philip, aunque divertido, tuvo que rogarle que se calmara. El nuevo médico poseía el don de hacer aparecer novelescas y graciosas todas sus aventuras, en las que representaba siempre una parte cómica y galante. Mildred, con los ojos brillantes de admiración, le incitaba a continuar, y las anécdotas se sucedían sin cesar. Se quedó asombrada cuando los camareros empezaron a apagar las luces. — ¡Qué de prisa se ha pasado la velada! Creí que serían las nueve y media. Se levantaron para salir y al despedirse Griffiths, ella le dijo: — Mañana voy a tomar el té con Philip. Si puede, déjese usted ver. —Con mucho gusto. Mientras regresaban a Pimlico, Mildred no habló de otra cosa que de Griffiths. ¡Qué buena figura, qué traje tan bueno, qué bella voz, qué alegría...! —Estoy contento de que te guste. ¿Te acuerdas de que te fastidiaba un poco que te hablara de él? —Y, además, me gusta porque te quiere. Verdaderamente es un amigo simpático. Le ofreció el rostro para que la besara. Era una cosa que no sucedía a menudo. —Me he divertido mucho esta noche, Philip. Te doy las gracias de todo corazón. —No seas tonta —respondió Philip tan conmovido por aquel acontecimiento que sintió que sus ojos se le humedecían. Mildred abrió la puerta y antes de entrar se volvió de nuevo a Philip. —Di a Harry que estoy locamente enamorada de él. —Perfectamente —repuso riendo Philip—. Buenas noches. Al día siguiente, mientras tomaban el té, Griffiths se presentó y se dejó caer perezosamente en un sillón. Los lentos movimientos de sus miembros poseían cierta languidez sensual. Philip permaneció en silencio mientras ellos charlaban, pero se divertía oyéndolos; quería

tanto a los dos que le parecía natural que se admiraran mutuamente. No le importaba lo más mínimo que Griffiths absorbiera la atención de Mildred, pues más tarde la tendría él solo para sí durante la cena. Era como un marido enamorado que, absolutamente seguro del afecto de su mujer, se divertiera viéndola bromear inocentemente. A las siete y media miró el reloj y dijo: —Es hora de que nos vayamos a cenar, Mildred. Hubo una breve pausa. Griffiths parecía reflexionar. —Bien, me voy —dijo por fin—. No sabía que era tan tarde. — ¿Tiene usted algo que hacer esta noche? —le preguntó Mildred. —No. Otro silencio. Philip sintióse ligeramente irritado. —Voy a lavarme —dijo—. Y tú —preguntó luego a Mildred— ¿no vienes a lavarte las manos? La joven no respondió. — ¿Por qué no viene usted a cenar con nosotros? —dijo más tarde dirigiéndose a Griffiths. Éste miró a Philip, que le observaba con aire sombrío. —Ayer ya cené con ustedes. No quisiera ser indiscreto. — ¡Qué idea! Dile tú que venga, Philip. No nos estorba, ¿verdad? —Que venga si tiene gusto en ello. —Entonces, perfectamente —replicó Griffiths—. Salgo un momento a arreglarme un poco. En cuanto salió, Philip se volvió hacia Mildred lleno de cólera. — ¿Por qué diablos le has dicho que viniera con nosotros? —No he podido menos de hacerlo. Hubiera sido descortés no decirselo sabiendo que no tenía nada que hacer esta noche. — ¡Vaya una estupidez! ¿Y por qué le has preguntado si tenía algo que hacer? Los pálidos labios de Mildred se fruncieron un tanto. —Alguna vez tengo necesidad de divertirme un poco. Estoy cansada de permanecer siempre sola contigo. Oyeron que Griffiths bajaba la escalera rápidamente y Philip fue a lavarse. Cenaron en un restaurante italiano situado no lejos de la pensión. Philip permanecía callado, pero bien pronto se dio cuenta de que su actitud le hacía parecer inferior a Griffiths, así que se esforzó en disimular su contrariedad. Bebió bastante para ver si ahogaba en vino el dolor que le oprimía el corazón, y, a su vez, intentó charlar alegremente. Mildred, como si sintiera remordimientos por lo que antes había dicho, se mostraba con él amable y afectuosa y Philip empezó a pensar muy pronto que había sido un bobo al sentir celos. Después de cenar tomaron un coche para que los llevara a un music-hall. Mildred, sentada entre los dos hombres, le dio espontáneamente la mano. La cólera de Philip se desvaneció como por encanto. Pero de pronto, sin saber por qué tuvo la certidumbre de que Griffiths estrechaba la otra mano de Mildred. El dolor volvió a él inmediatamente. Era un verdadero tormento físico. Philip se preguntaba aterrorizado lo que se habría tenido que preguntar antes, esto es, si Griffiths y Mildred se amaban. Le parecía que tenía ante los ojos una niebla hecha de rencor, de sospechas, de cólera y de desesperación, pero continuó hablando y riendo como si nada. Un extraño deseo de aumentar su propia ternura se posesionó de él en el teatro; púsose en pie y dijo que iba a beber cualquier cosa. Mildred y Griffiths no se habían quedado solos nunca y él deseaba ofrecerles tal oportunidad. —Voy también yo —dijo Griffiths—. Tengo sed. — ¡Tonterías! Tú quédate aquí a hacer compañía a Mildred. No sabía por qué había dicho esto. Echaba a uno en los brazos del otro para hacer su sufrimiento más insoportable aún. En lugar de ir al bar se asomó a una barandilla desde donde los podía observar sin ser visto. Ellos no miraban el espectáculo y se sonreían mirándose el uno al otro. Griffiths hablaba mucho, como de costumbre, y parecía que Mildred estaba pendiente de sus labios. Philip sintió un fuerte dolor de cabeza. Permaneció inmóvil. Sabía que si volvía a su localidad los fastidiaría; ¡se divertían mientras él sufría, sufría! Pasaba el tiempo y Philip, ante la idea de reunirse de nuevo con ellos, experimentaba un extraordinario embarazo. Estaba seguro de que no habían pensado en él ni un instante y reflexionó amargamente sobre el hecho de que había sido él precisamente quien pagó la cena y el teatro. Estaba haciendo lo que se dice el ridículo. Sintió que le subía al rostro una llama de vergüenza. ¡Qué felices parecían! Instintivamente hubiera querido marcharse y dejarlos solos, pero no tenía ni sombrero ni abrigo, y para recuperarlos habría tenido que molestarse dando muchas explicaciones. Volvió a su localidad. Vio que una sombra de contrariedad oscureció los ojos de Mildred, y le dio un vuelco el corazón. —Has estado por ahí mucho tiempo —observó Griffiths sonriendo cordialmente. —He encontrado a unos amigos y nos hemos puesto a hablar. He tardado bastante en poderme librar de ellos. Pero mientras tanto pensaba que vosotros os encontrabais perfectamente. —Yo me he divertido muchísimo —contestó Griffiths—. No sé si Mildred se ha divertido. La joven lanzó una carcajada de satisfacción, cuya vulgaridad causó horror a Philip. Éste propuso marcharse. —Vamos —dijo Griffiths—. Os acompañaré a los dos. Philip sospechó que era Mildred la que había sugerido esto para no quedarse sola con él. En el coche, Philip no cogió la mano de la joven, mano que ella tampoco le ofreció; pero estaba seguro de que Griffiths y ella sí estaban cogidos de la mano. ¡Quién sabe lo que habrían combinado para verse a escondidas! Maldijo su idea de dejarlos solos; no había hecho otra cosa que facilitarles la ocasión. —No despedamos el coche —dijo Philip cuando llegaron a casa de Mildred—. Estoy demasiado cansado para ir a pie. Durante el trayecto, Griffiths charló alegremente, indiferente en apariencia a los monosílabos de Philip. Éste acentuaba más y más su descontento. Finalmente su silencio llegó a ser demasiado significativo y Griffiths, nervioso, dejó de hablar. Philip quería decir algo sobre el caso, pero su timidez se lo impedía; sin embargo, el tiempo pasaba y no debía desperdiciar la ocasión. Era mejor saber toda la verdad. Hizo un esfuerzo para hablar. — ¿Estás enamorado de Mildred? —preguntó de pronto. — ¿Yo? —y Griffiths se echó a reír—. Por



eso has estado toda la noche tan raro, ¿verdad? Te aseguro que no, querido amigo. Intentó deslizar la mano bajo el brazo de Philip, pero éste se lo impidió. Sabía que Griffiths mentía. Habría querido que le asegurara que había estrechado la mano de la joven cuando ésta iba también en el coche. De repente se sintió decaído y sin fuerzas. — Para ti, Harry, la cosa no tiene importancia; ¡tienes tantas mujeres! No me la quites. Es toda mi vida. ¡He sido tan desgraciado! Su voz enronqueció y no pudo evitar un sollozo. Experimentaba una insoportable sensación de vergüenza. —Sabes muy bien, amigo mío, que por nada del mundo querría producirte ningún dolor. Te quiero demasiado. Sólo me he divertido. Si hubiera imaginado que ibas a tomar así la cosa habría tenido más cuidado. — ¿De veras? —Esa muchacha no me importa lo más mínimo. Palabra de honor. Philip lanzó un suspiro de alivio. El coche se había parado ante la puerta del hospedaje. 75. Al día siguiente Philip se hallaba de excelente humor. Deseoso de no fastidiar a Mildred imponiéndole demasiado su compañía, decidió no verla hasta la hora de la cena. Cuando fue a buscarla la encontró arreglada y bromeó con ella a propósito de tan insólita puntualidad. La joven vestía un traje nuevo que él le había regalado. La felicitó por su elegancia. —Es necesario que me ajusten un poco la falda porque no me está bien —contestó ella. —Debes dar prisa a la modista si quieres llevarlo a París. — ¡Oh, lo tendré a tiempo! —Faltan todavía tres días. Tomaremos el tren de las once, ¿verdad? —Como quieras. Durante casi un mes la tendría para él solo. La miró con ávida adoración. Se sentía incluso capaz de reírse de su propia pasión. — Me gustaría saber qué es lo que encuentro en ti. — ¡Qué galante eres! Mildred estaba tan delgada que casi se adivinaba su esqueleto. Tenía el seno tan liso como el de un muchacho. Su boca, de labios finos y delgados, era cualquier cosa menos bella, y aquella piel de color verdoso... —Te daré unas cuantas píldoras Blaud mientras estemos fuera —dijo Philip—. Volverás a casa gruesa y colorada. —No me gusta engordar. No hablaron para nada de Griffiths, pero mientras cenaban Philip quiso bromear, creyéndose seguro de sí y de su poder sobre ella. —Me parece que anoche coqueteaste de lo lindo con Griffiths. — ¿No te he dicho que estoy enamorada de él? —replicó riendo Mildred. —Menos mal que él, por su parte, no ha perdido la cabeza. — ¿Cómo lo sabes? —Se lo he preguntado. La joven dudó un momento mirando a Philip; una luz extraña apareció en sus ojos. — ¿Quieres leer la carta que he recibido esta mañana? Le entregó un sobre en el que Philip reconoció la letra clara y petulante de Griffiths. La carta constaba de ocho páginas; era una carta agradable y sincera, de hombre habituado a hacer la corte a las mujeres. Decía a Mildred que la amaba apasionadamente, que se había enamorado de ella en el primer momento. Había luchado contra aquel amor conociendo como conocía el afecto de Philip por ella, pero no le era posible hacer otra cosa. Se avergonzaba de ello, ya que Philip era un amigo muy querido, pero la pasión le dominaba. Le dedicaba algunos cumplimientos deliciosos y, en fin, le daba las gracias por haber consentido en comer con él y hablaba de la impaciencia que sentía por verla. Philip observó que la carta estaba fechada la noche antes. Su amigo debía de haberla escrito después de dejarle a él, bajando a la calle para echarla al buzón. Philip la leyó con el corazón dolorido, pero consiguió esconder su sorpresa. Se la devolvió a Mildred sonriendo con calma. — ¿Te divertiste durante la cena? —Bastante. Philip notó que le temblaban las manos y las escondió bajo la mesa. —No debes tomar a Griffiths demasiado en serio. Le gusta mariposear en todas partes. Mildred miró de nuevo la carta. —No puedo hacer nada —dijo tratando de dar a su voz un tono de indiferencia—. No sé qué me ha sucedido. —Me parece una cosa divertida, ¿no te parece a ti lo mismo? La joven le lanzó una rápida mirada. —Debo reconocer que lo tomas con cierta calma —repuso. — ¿Qué quieres que haga? ¿Que me arranque los cabellos? —Estaba segura de que te enfadarías. —Lo extraño es que no me haya enfadado. Debía habérmelo imaginado. He sido un idiota haciendo que le conocieras. Sé perfectamente que Harry vale mucho más que yo. Es mucho más brillante, guapo, divertido, y sabe hablarte de cosas que te interesan. —No sé qué es lo que quieres decir. Si no soy inteligente no es culpa mía. Pero no soy tan estúpida como crees. Esto puedo asegurártelo. Tú eres muy poco superior, mi joven amigo. — ¿Quieres pelearte conmigo? —le preguntó Philip con dulzura. —No, pero no comprendo por qué me has de tratar como si fuera una nulidad. —Perdóname, no quería ofenderte. Sólo quiero aclarar la situación. He visto que te sientes atraída por él, y eso me parece natural. Lo único que me hiere es que él te haya alentado. Sabía cuánto te quiero, y no deja de estar mal hecho escribirte una carta semejante cinco minutos después de haberme dicho que le tenías completamente sin cuidado. —Si crees que vas a lograr que me guste menos diciendo cosas malas de él, te equivocas. Philip permaneció en silencio durante un instante. No sabía qué palabras emplear para hacerle comprender su punto de vista. Hubiera querido hablarle fríamente, pero estaba tan trastornado que se dio cuenta de que sus pensamientos se confundían. —No vale la pena de que lo sacrifiques todo por un capricho, que sabes que no ha de durar. Griffiths no quiere nunca más de diez días. Tú eres bastante fría. Este género de relaciones no son precisamente tu fuerte. —Eres tú el que lo cree así. El tono iracundo adoptado por Mildred hacía que a Philip le fuera más difícil continuar. —Si estás enamorada de él no es culpa mía. Yo intentaré soportar esta prueba lo mejor que pueda. Nos entendemos bastante bien tú y yo y me parece que no me he portado mal contigo, ¿no es verdad? Sé

que no me amas, pero me tienes cierto afecto. En París olvidarás a Griffiths. Intenta no pensar en él y verás cómo le olvidas. Creo, después de todo, que merezco que tú hagas algo por mí. Ella no respondió. Continuaron comiendo. Cuando el silencio se hizo demasiado pesado, Philip empezó a hablar de cosas indiferentes, fingiendo no darse cuenta de que Mildred no le escuchaba. Por último ella le interrumpió de pronto en mitad de una frase. —Philip, creo que no podré salir el sábado. El doctor me lo aconseja. Philip sabía que no era verdad, pero le preguntó: —Entonces, ¿cuándo podremos irnos? Mildred le miró y vio que estaba pálido y rígido. Dirigió a otra parte la mirada. En aquel momento le daba un poco de miedo. —Es mejor decírtelo de una vez. No iré contigo. —Suponía que llegaríamos a esto, pero ahora es demasiado tarde. He tomado dos billetes y lo he arreglado todo. —Dijiste que no me llevarías si no lo deseaba y yo no tengo ningún deseo de ir. —He cambiado de idea. Estoy cansado de sufrir tus caprichos. Tienes que acompañarme. —Te quiero mucho, Philip, pero como amigo. La idea de tener contigo otras relaciones me resulta insoportable. No te quiero de ese modo. No podría. —Pero hace una semana no pensabas así. —Entonces era diferente. —¿Porque no habías conocido todavía a Griffiths? —Has dicho también tú que no es culpa mía si estoy enamorada de él. Mildred mantenía los ojos fijos en el plato, con una expresión de terquedad. Philip estaba pálido de ira. Hubiera querido deshacerle el rostro a fuerza de puñetazos e intentó imaginársela con un bello cardenal debajo de un ojo. En una mesa cercana dos muchachos de dieciocho años lanzaban de vez en cuando una mirada a Mildred. Seguramente le envidiaban a él porque cenaba con una mujercita elegante y hubieran querido estar en su lugar. Fue Mildred la que rompió el silencio. —¿A qué conduciría el marcharnos juntos? Yo pensaría constantemente en él. No sería divertido para ti. —Eso es asunto mío. Mildred reflexionó sobre lo que quería decir aquella respuesta y enrojeció. —Pero eso es abominable. —¿Y pues? —Te creía un gentleman en toda la extensión de la palabra. —Estabas en un error. Esta respuesta le pareció divertida y se echó a reír. —¡Por el amor de Dios, no te rías! —exclamó Mildred—. No puedo marchar contigo. Me disgusta. Sé que no me he conducido bien contigo, pero ciertas cosas no pueden hacerse a la fuerza. —¿Has olvidado que cuando estabas en el atolladero he hecho todo lo que había que hacer por ti? He gastado manteniéndote hasta el nacimiento de la niña; he pagado al médico y todo lo demás; he pagado tu estancia en Brighton y estoy pagando todavía por la niña. Pago tus vestidos. Todo lo que llevas encima está pagado por mí. —Si fueras un gentleman no me echarías en cara lo que has hecho por mí. —¡Oh, por caridad, cállate! ¿Crees que puede importarme ser un gentleman? Si lo fuera no perdería el tiempo con una mujer vulgar como tú. No me importa nada que me ames o no. Estoy cansado de que te burles de mí, y tú vendrás conmigo a París el sábado que viene, o de lo contrario sufrirás las consecuencias de tu negativa. Mildred estaba roja de cólera, y cuando respondió lo hizo con voz ronca y la expresión de su rostro en aquel momento era vulgar; en aquel instante se olvidaba completamente de hablar con la pronunciación afectada y pseudo-distinguida que procuraba usar siempre. —No te he amado nunca, nunca; pero tú te has empeñado en imponerte a mí. Tus besos me han disgustado siempre, y ahora preferiría morirme de hambre antes de que me tocases. Philip intentó ingerir la comida que tenía ante sí, pero su garganta se resistió. Se bebió un vaso de vino y encendió un cigarrillo. Todos los miembros le temblaban. No habló. Esperó que la joven diera señales de quererse marchar, pero Mildred estaba sentada en silencio y con los ojos fijos en el mantel. Si hubieran estado solos, Philip la habría abrazado y besado con pasión; con la imaginación veía el largo cuello blanco inclinado hacia atrás mientras él apretaba sus labios contra los de ella. Permanecieron una hora en silencio. Finalmente, Philip tuvo la impresión de que el camarero los miraba con curiosidad. Pidió la cuenta. —¿Nos vamos? —preguntó con calma. La joven no respondió, pero cogió los guantes y el bolso y se puso el abrigo. —¿Cuándo vas a volver a ver a Griffiths? —Mañana —fue la indiferente respuesta. —Será mejor que tú hables de todo esto con él. Mildred abrió maquinalmente el bolso y sacó una hoja de papel. —He aquí la cuenta de este vestido —dijo titubeando. —¿Y qué? —He prometido que lo pagaré mañana. —¿De veras? —¿Es que piensas negarte a pagarlo después de haber dicho que podía encargarlo? —Sí. —Entonces pediré el dinero a Harry —declaró la joven enrojeciendo. —Le satisfaría ayudarte. Pero en este momento me debe siete libras y la semana pasada empeñó su microscopio porque no tenía un céntimo. —No creas que me das miedo. Sé ganarme la vida. —Es lo mejor que puedes hacer. No pienso darte ni un céntimo más. Mildred pensó en la semana de pensión que debía y en el dinero que había de enviar para la niña; el sábado siguiente tenía que pagar ambas cosas. Pero no dijo ni una palabra. Salieron del local. Ya en la calle, Philip le preguntó: —¿Busco un coche para tí? Yo me iré andando. —No tengo dinero. Hoy he tenido que pagar una cuenta. —No te irá mal andar un poco. Si mañana tuvieras necesidad de verme, acuérdate que estaré en mi casa a la hora del té. Se quitó el sombrero y se alejó. Pasado un momento volvió la cabeza y vio que Mildred permanecía donde la había dejado, mirando con aire desconsolado a los que pasaban. El joven retrocedió, y, riendo, le puso en la mano una moneda. —Ahí tienes dos chelines para que vuelvas a tu casa. Antes de que Mildred hubiera podido abrir la boca, Philip desapareció. 76. La tarde del día siguiente, Philip, sentado en su habitación, se preguntaba si iría Mildred. Había dormido mal. Toda la

mañana se la pasó en la Asociación de Estudiantes leyendo los periódicos. En aquella época se habían marchado casi todos sus compañeros, pero encontró a dos que estaban todavía en Londres y pudo cambiar con ellos algunas frases y jugar una partida de ajedrez. Gracias a todo esto pudo distraerse durante aquellas horas interminables. Después del almuerzo se encontraba tan cansado y tenía tanto dolor de cabeza que volvió a su casa y se echó en la cama. Intentó leer un periódico. No tenía ninguna noticia de Griffiths. Su amigo no estaba en su casa la noche anterior, cuando Philip regresó; éste oyó a Griffiths subir más tarde, pero aquella noche Griffiths no se acercó a ver si Philip dormía como solía hacer casi siempre. Por la mañana Griffiths salió a primera hora. Era evidente que trataba de no dejarse ver. De pronto oyó que llamaban suavemente a la puerta. Apresuróse a abrir. Mildred, inmóvil, se hallaba en el umbral. —Entra —dijo Philip. Mildred penetró en la habitación y el joven cerró la puerta. Ella tomó asiento. Parecía costarle trabajo empezar. —Gracias por los dos chelines de anoche —dijo por fin. —No hay de qué. La joven le dedicó una ligera sonrisa. A Philip le pareció la mirada de la joven como la tímida mirada de un perrito que ha sido castigado por haber cometido una travesura y que se esfuerza en recuperar la gracia del amo. —He almorzado con Harry. —¿De veras? —Y si todavía tienes intención de llevarme contigo el sábado, iré. Un temblor de triunfo recorrió el cuerpo de Philip, pero la sensación duró sólo un segundo, siendo seguida de una sospecha. —¿A causa del dinero? —preguntó. —En parte —respondió Mildred con sencillez—. Harry no puede hacer nada. Debe cinco semanas a la patrona de su casa y siete libras a ti. Su sastre le persigue. Estaría dispuesto a empeñar cualquier cosa, pero lo ha empeñado ya todo. Yo, por mi parte, he convencido a la modista para que se espere algunos días y el sábado he de pagar mi pensión. No puedo encontrar trabajo a las primeras de cambio. Es necesario esperar siempre un poco hasta que haya un puesto libre. Dijo todo esto en un tono lastimero, como si hablase de la injusticia de un destino inexorable. Philip no respondió. Sabía perfectamente cuanto aquello significaba. —¿Has dicho «en parte»? —preguntó al cabo. —Sí. Harry dice que te has portado muy bien tanto con él como conmigo. Conmigo has hecho lo que ningún otro hombre hubiera hecho, y ha añadido que es necesario ser leal contigo. Ha dicho también lo que ya me habías dicho tú, que él es voluble y que yo sería una loca si te perdiera por su causa, añadiendo que lo de él no durará y lo tuyo sí. —Pero ¿tú «deseas» venir conmigo? —A mí me es indiferente. Con los labios contraídos por una expresión de sufrimiento la miró. Había, pues, triunfado y la tenía sometida. En sus labios se dibujó una sonrisa de ironía ante la propia humillación. Mildred le dirigió una rápida mirada, pero no habló. —Había saboreado tanto por anticipado la alegría de este viaje... —murmuró el joven—; creía, después de tantos dolores, tener derecho a un poco de felicidad. No terminó la frase. De repente Mildred rompió en lágrimas. Estaba sentada en el sillón donde había estado Nora y lloraba como había hecho ella, apoyando el rostro en el respaldo, el cual aparecía un poco reluciente de las cabezas que se habían apoyado en él. «No soy afortunado con las mujeres», pensó Philip. El cuerpo delgado de Mildred era sacudido por los sollozos. Philip no había visto llorar nunca a una mujer de modo tan desesperado. Era un espectáculo que le despedazaba el corazón. —¿Eres muy desgraciada? —le preguntó finalmente. —Quisiera haber muerto cuando nació la pequeña. Tenía el sombrero torcido y Philip se lo quitó. Le colocó la cabeza más cómodamente, se sentó en la mesa escritorio y la miró. —¿Verdad que es terrible el amor? ¿Cómo es posible que haya alguien que desee estar enamorado? La violencia de los sollozos disminuyó y Mildred se abandonaba en la poltrona con la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos colgando. Tenía el aspecto grotesco de uno de esos maniqués de que se sirven los pintores para pintar los trajes. —No sabía que le quisieras tanto —dijo Philip. Comprendía el amor de Griffiths porque se ponía en su lugar; veía con sus ojos, tocaba con sus manos, conseguía meterse en su cuerpo, besar a Mildred con su boca, sonreírle con sus ojos azules, pero la turbación de ella le asombraba. No la había creído nunca capaz de amar. Y aquello era amor, no había duda. Le pareció que algo se despedazaba en su corazón y de pronto se sintió extraordinariamente desanimado. —No quiero hacerte desgraciada. No quiero que vengas conmigo si no lo deseas. Te daré igualmente dinero. Mildred inclinó la cabeza. —He dicho que iré. —Pero ¿por qué si estás enferma de amor por él? —Ésa es precisamente la palabra exacta: estoy enferma. Sé, como lo sabe él, que no durará; pero, por el momento... Se interrumpió y cerró los ojos como si se fuera a desvanecer. Una extraña idea se le ocurrió a Philip. Sin reflexionar la soltó. —¿Por qué no te vas con él? —¿Y cómo? Sabes muy bien que no tenemos dinero. —Os lo daré yo. —¿Tú? Se irguió y le miró. Sus ojos empezaron a brillar y sus mejillas a recuperar los colores. —Seguramente lo mejor será satisfacer este capricho tuyo; luego volverás a mí. Después de haber hecho aquella proposición se sintió morir, pero mezclada a aquella angustia experimentaba una sensación extraña y sutil. Mildred le miró con ojos extraviados. —Pero ¿cómo será posible con tu dinero? Harry no querrá oír hablar de ello. —¡Oh, sí! Aceptará si tú le convences. La objeción de Mildred le empujaba a insistir, porque en el fondo del corazón deseaba una negativa violenta y definitiva. —Os daré cinco libras para que podáis estar fuera desde el sábado hasta el lunes. Luego él se marchará a casa de su familia hasta el momento de empezar su servicio en el hospital. —Pero, Philip, ¿de veras harás eso? —exclamó Mildred juntando las

manos—. Si nos das para que nos vayamos... te querré tanto después que haré todo lo que tú quieras. Podrás pedirme cualquier cosa. ¿Nos darás de veras ese dinero? —Sí. Mildred aparecía ahora completamente cambiada. Empezó a reír. Philip se dio cuenta de que estaba transfigurada por una alegría loca. Fue a arrodillarse ante Philip, cogiéndole las manos. —Eres un tesoro, Philip. El mejor muchacho que he conocido nunca. Pero, después, ¿no estarás enfadado conmigo? Philip negó sonriendo, pero con el corazón encogido. — ¿Puedo ir a decírselo en seguida a Harry? ¿Puedo añadirle que no te disgusta? No consentirá si tú no le aseguras que no te importa nada. ¡Oh, no sabes cuánto le amo! Luego haré todo lo que tú quieras. El lunes saldré contigo para París o donde te parezca —se levantó y se puso el sombrero. — ¿Adónde vas? —A preguntarle si quiere llevarme fuera estos dos días. — ¿Ya? — ¿Prefieres acaso que me quede aquí? Si quieres me quedo. Se sentó, pero Philip dejó escapar una breve risa. — No me importa. Mejor es que te vayas en seguida. Una advertencia solamente. No deseo ver ahora a Griffiths. Su vista me haría demasiado daño. Dile que no estoy enfadado, pero que le ruego que no me siga los pasos. — Perfectamente —se alzó de un salto y se puso los guantes—. Te contaré lo que me diga. — ¿Puedes cenar conmigo esta noche? —Muy bien. Le ofreció el rostro para que le diera un beso y cuando él acercó sus labios a los de ella le echó los brazos al cuello. —Eres un ángel, Philip. Un par de horas después le envió un billetito diciéndole que tenía dolor de cabeza y que no podía cenar con él. Philip se lo esperaba. Estaba seguro de que iría a cenar con Griffiths. Sentíase horriblemente celoso, si bien impotente ante la pasión que había atado a los dos como si un dios los hubiese visitado. Parecía natural que se amaran. Philip reconocía la superioridad de Griffiths y pensaba que en lugar de Mildred hubiese hecho como ella. Lo que le dolía más era la traición del joven. Siendo tan buenos amigos, y conociendo su amor por Mildred, Griffiths debía haber respetado aquel amor. No volvió a ver a la joven hasta el martes. Mientras tanto experimentó un morboso deseo de verla. Pero cuando la vio se dio cuenta de que él había sido desalojado por completo del pensamiento de Mildred, ahora ocupado del todo por Griffiths; sintió que la odiaba. Entonces comprendió por qué se amaban. Griffiths era estúpido, muy estúpido. Philip lo sabía hacía mucho tiempo, pero nunca había querido confesárselo. Estúpido y sin aliento. Su encanto personal escondía un profundo egoísmo. Por satisfacer su apetito era capaz de sacrificar a cualquiera. Y ¡qué innoble era aquella vida suya de un local a otro, de un amor a otro! No leía nunca un libro como recreo, y era ciego para todo lo que no fuese frívolo y vulgar. Nunca un pensamiento delicado. La palabra que más frecuentemente brotaba de sus labios era chic. Éste era su mejor elogio para un hombre o para una mujer. No era nada de extraño que le gustase Mildred. Estaban hechos el uno para el otro. Philip habló con Mildred de cosas que no les interesaban a ninguno de los dos. Philip estaba seguro de que ella hubiese querido hablar de Griffiths, pero no le dio ocasión de hacerlo. No hizo la menor alusión a lo de haber rehusado cenar con él dos noches antes. Quería darle la impresión de que de improviso sentía una gran indiferencia, y demostró una habilidad especial para decirle cosas que sabía que habían de herirla, pero lo hizo con una delicada crueldad para que no tuviera motivo de sentirse ofendida. Al cabo la joven se puso en pie. —Es necesario que me vaya. —Me parece bien; debes de tener mucho que hacer. Mildred le tendió la mano. Philip la tomó, despidióse, y abrió la puerta. No ignoraba lo que la joven quería decirle y también sabía que su aire frío e irónico la intimidaba. A veces su timidez le daba un aspecto tan glacial que sin querer asustaba a la gente. Dándose cuenta, asumía aquella expresión voluntariamente cuando lo consideraba oportuno. — ¿No has olvidado tu promesa? —dijo al fin Mildred mientras Philip sostenía la puerta abierta por ella. — ¿A propósito de qué? —A propósito del dinero. — ¿Cuánto necesitas? El tono frío que empleaba el joven hacía que sus palabras resultaran particularmente ofensivas. Mildred enrojeció. ¡Cómo lo odiaría en aquel momento! ¡Y cómo tenía él que esforzarse para no cogerla por la garganta! Philip deseaba hacerla sufrir. —Tengo que pagar la pensión mañana. Y no necesito nada más. Harry no quiere irse, así que no tenemos necesidad de dinero para nuestra excursión. El corazón de Philip se puso a latir violentamente. Él dejó la puerta, que se cerró dando un portazo. — ¿Y por qué no quiere? —Dice que es imposible con tu dinero. Un demonio pareció apoderarse de Philip, el demonio secreto que siempre le obligaba a atormentarse. Deseaba con toda su alma no ver que Mildred y Griffiths se marchasen juntos y, a pesar de ello, se le ocurrió hacer todo lo posible para persuadir a su amigo por conducto de la joven. —No veo por qué desde el momento que yo consiento. —Es lo que me ha dicho. —Si tuviera ganas de veras no dudaría. — ¡Oh, lo desea muchísimo! Si tuviera el dinero nos iríamos en seguida. —Si siente tantos escrúpulos te daré el dinero a ti. —Le he dicho que si quiere podemos aceptar el dinero a título de préstamo, para devolvértelo en cuanto sea posible. —Es una verdadera novedad para ti tenerte que arrodillar delante de un hombre para que te lleve de excursión, ¿no es cierto? —Bastante —respondió Mildred con una risita impúdica. Philip sintió que un ligero estremecimiento le recorría la espina dorsal. —Entonces ¿qué vais a hacer? —Nada. Él regresa a su casa a la fuerza. Aquello era para Philip la salvación. Cuando Griffiths no estuviera ya allí él recobraría a Mildred. No conociendo a nadie en Londres la joven se vería obligada a aceptar su compañía y, una vez sola con él, Philip conseguiría muy pronto hacerle olvidar aquel capricho. Para ello

hubiese bastado no decir más. Pero experimentaba un malsano deseo de hacer desaparecer los escrúpulos de la pareja, de ver hasta qué punto se iban a portar mal con él. Si insistía un poco más, cederían. La idea de su ignominia hacía que sintiera una alegría feroz. Aun sintiéndose lacerado a cada palabra, experimentaba ante aquella tortura un terrible placer. —Piensa que es un placer que gozaréis ahora o nunca. —Es lo que yo le he dicho. En su voz había un acento de pasión que hirió a Philip. Nervioso, se mordía las uñas. — ¿Adónde habéis pensado ir? —A Oxford. Es allí donde realizó sus estudios y quiere que visite el colegio. Philip recordó que una vez Griffiths le había hablado del fastidio que le producía sólo pensar en ello. —Y me parece que el tiempo se presenta magnífico. El clima allí debe de ser muy agradable. —He hecho todo lo posible por convencerle. — ¿Por qué no haces otra tentativa? — ¿Le digo que tú deseas que vayamos? —Eso me parece un poco exagerado. Durante un par de minutos ella le miró. Philip intentó mirarla a su vez cordialmente. La odiaba, la despreciaba, la amaba con toda su alma. — ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a ver si sigue mostrándose tan inflexible. Si dice que sí, mañana vengo a buscar el dinero. ¿A qué hora estarás en casa? —Regresaré después del almuerzo y te esperaré. —Muy bien. —Ahora voy a darte el dinero para el vestido y para tu habitación. Acercóse a la mesa de escribir y sacó todo el dinero que poseía. Para el traje se necesitaban seis guineas. Luego había que pagar la habitación, la comida y la pensión de la niña. Le dio ocho libras y diez chelines. —Mil gracias —dijo la joven, marchándose. (*memphis university school summer camps*).

## **Audiolibro Servidumbre Humana W Somerset Maugham Cap Tulos 68 Al 076**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**